

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**ANTES: DROGADICTOS Y DELINCIENTES
AHORA: SACERDOTES**

S. MILLÁN – 2022

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

- P. Ramón Alfredo Mirada Muñoz.
- P. Claude Paradis.
- P. Roberto Dichiera.
- P. Martín Laubadère.
- P. Stuart Long.
- P. Vincent Lafarge.
- P. Davide Banzato.
- P. Álvaro Sicán.
- P. Salvador Romero.
- P. Rob Galea.
- P. Brian Alexander Jackson.
- P. Donald H. Calloway.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

En este escrito vamos a analizar la vida de algunos sacerdotes que vivieron en su juventud lejos de Dios hasta que se convirtieron y le entregaron su vida y amor para siempre. La M. Teresa de Calcuta decía que lo importante en la vida no es la cantidad de trabajo que realizamos o el dinero que ganamos o la fama o el poder, sino el amor que ponemos en todo lo que hacemos. El amor marca la diferencia. Por eso lo mejor es vivir cada día, cada hora, cada minuto como si fuese el último de la vida, es decir, vivirlo con intensidad con todo el amor posible.

Y anotaba: Si haces el bien y te dicen que eres egoísta, no te preocupes, sigue haciendo el bien. Alguien destruirá algún día la obra que has estado construyendo durante años, no importa, tú sigue construyendo. Ese, al que ahora ayudas, te puede traicionar, pero no importa, sigue ayudándolo. Puede que algún día te desprecien a pesar de haber dado lo mejor de ti mismo sin esperar recompensa. No importa, dale a todos lo mejor. Esto es lo que hizo Jesús hace dos mil años.

El amor es lo que da sentido a la vida. El amor es lo que permanece para la eternidad. El amor nos va construyendo día a día en mejores personas y nos hace más santos. En el cielo todos hablarán el lenguaje del amor. En cambio, como decía Georges Bernanos en su libro el *Diario de un cura rural*, el *infierno es dejar de amar*. No querer amar, no poder amar de tanto hacer el mal. Por eso también decía León Bloy: *La única tristeza es la de no ser santos*.

Tú aspira a lo más alto y más profundo, a lo más bello y más hermoso. Aspira a las alturas de la divinidad. Porque Dios te ha creado para horizontes sin límites, para mares sin orillas, es decir, te ha creado para el infinito y tu alma solo puede saciarse con el infinito de Dios.

Los sacerdotes que presentamos fueron en su juventud drogadictos, alcohólicos, delincuentes... Pero la misericordia de Dios tocó su corazón y llegaron a responderle con tal vehemencia que su vida cambió totalmente. De vivir en el infierno de las drogas y de los placeres mundanos pasan a ser un remanso de paz. Esto los llevó a querer ayudar a otros muchos que seguían aún en el mundo infernal de la soledad, las drogas, el desamor y la angustia existencial. Muchos de ellos piensan en el suicidio como escapatoria a las tristezas presentes, otros buscan una salida, buscando una pareja para formar una familia que les dé amor y estabilidad emocional. Y no faltan quienes, después de buscar, caen en sectas esotéricas o satánicas o en caminos equivocados que no llenan sus vidas, sino que los alejan más y más de Dios y de su amor.

Estos sacerdotes, convertidos en guías espirituales, ahora se dedican a guiar a tantos jóvenes equivocados hacia Dios por el camino del amor y del bien.

Ellos hablan por experiencia. Te recomiendo que escuches su voz y sigas sus enseñanzas. Te deseo un buen viaje por el camino de la vida. Que seas santo. Es mi mejor deseo para ti.

PADRE RAMÓN ALFREDO MIRADA MUÑOZ (PADRE PACHÚS)

Desde niño comenzó a tener algunos comportamientos poco correctos. En el colegio donde estudiaba, por ser gordito y bajo, le molestaban sus compañeros. Además no se le daban bien los deportes y por todo ello solía estar más bien solo en los recreos. Pero hubo un compañero que se hizo su amigo cuando él tenía seis o siete años. Este amigo hizo que una chica que le gustaba a Ramón se apartara de él. Otro día lo animó a romper unas figuritas de plastilina que habían hecho todos en clase y el amigo lo acusó de que había sido él. Ese día nos dice dejó de creer en el amor, por la traición de su amigo. Además no quería creer en el amor de Dios y a veces le preguntaba a Dios por qué lo había creado a él así tan mal (gordito y pequeño). Sus padres tuvieron que cambiarlo de colegio.

En el nuevo colegio, que era religioso, se peleaba con sus compañeros y decía palabrotas. Su agresividad era una manera de superar su timidez. También comenzó a fumar y por esa edad de unos doce o trece años despuntó en él el tema de la pornografía y juntarse con chicos poco recomendables. Un día consiguió un bidón de gasolina, que había traído el padre de un compañero que tenía un barco, y entre varios juntaron hojas y las prendieron fuego con la gasolina. Tuvo que venir la policía y los bomberos a apagar el fuego. Todos en el colegio creían que lo había hecho y organizado él.

Otro día un compañero le mostró una cantidad de dinero que tenía para comprar un regalo a sus padres por Navidad y Ramón, en el recreo, fue a robárselo, pero un profesor lo vio y lo denunció al director. Lo sacaron del colegio y sus padres lo enviaron a un colegio con internado donde estuvo tres años. En este internado se encontró con chicos que estaban enganchados a la marihuana, a la cocaína e incluso a la heroína. Otros tenían adicciones sexuales serias y muchos conflictos personales y familiares. Por eso, en lugar de mejorar, empeoró.

Algunos compañeros le pegaban y le insultaban, incluso por las noches intentaron violarlo aunque no lo consiguieron. Algunos de esos chicos tenían cuchillos y navajas. Y no faltaron quienes tuvieron que ser llevados a la cárcel e incluso quienes murieron de sobredosis de droga.

Él refiere: *Me sentí tremendamente solo hasta que me hice amigo de un chico que movía buena parte de la droga del internado y empecé a fumar porros. Mi nuevo amigo me pidió que moviera con él la droga. Pronto se aficionó Ramón a vender droga porque daba buen dinero. De este modo se hizo respetar y ser alguien en el internado. Además, no solo vendía droga en el internado, sino que en el tiempo libre por las tardes iban al pueblo y vendían más.*

Sus buenos padres sentían en el alma el comportamiento de su hijo y rezaban mucho por él. Un día lo cogieron a él y a otros compañeros consumiendo droga. Por otra parte participaba en riñas violentas con su grupo. Uno de los días empujó a un sacerdote que subía por las mismas escaleras y le dieron patadas riéndose de él. A otro sacerdote le cogieron un crucifijo, lo tiraron al suelo y se pusieron a orinar encima. Lo hicieron para humillar al sacerdote, quien lloró y besó al crucifijo y lo abrazó como queriendo desagraviarlo.

Ramón era lo que se dice un joven moderno. Llevaba en el frenillo de debajo de la lengua un piercing. En su casa, cuando iba los fines de semana, todo eran broncas, peleas, gritos con su padre y hermano, mientras su madre y su hermana rezaban. Lo expulsaron del colegio por el tema de la cocaína. Era la cuarta vez que lo echaban de un colegio.

Y dice textualmente en el libro de su autobiografía: *Seguía con las drogas que conseguía de traficantes de Madrid. Había momentos de peligro y momentos en los que tuve verdaderamente miedo de que la policía me pillara. Tenía un escondite secreto en mi casa y siempre temía que mis padres lo encontraran, sobre todo porque esa droga suponía mucho dinero y yo estaba endeudado*¹. Y anota: *Llegó un momento en que estaba seco, alienado. Y me preguntaba ¿Esto es la vida? Ya no quiero vivir y pensaba que podría quitarme la vida. Mi madre estaba angustiada y me propuso ir a ver a un sacerdote de la parroquia cercana.*

Dice: *No pude negarme al ver los ojos llenos de dolor de mi madre. Por una vez no quería hacerla sufrir. El sacerdote le habló de la misericordia de Dios y lo animó a confesarse y, cansado de su mala vida, pensó que debía buscar por otro camino la felicidad que tanto deseaba.* Después de confesarse sintió mucha paz. Y el sacerdote le pidió que le ayudara a misa vestido con alba. Él se sentía otra persona y aceptó.

Y anota: *Al día siguiente volví a misa y al otro y al otro. Desde el 21 de diciembre de 2001 he comulgado todos los días de mi vida. No ha habido un solo día en que me haya perdido la comunión*².

Ramón, como todos los nuevos convertidos, estaba emocionado de haber descubierto la paz y la alegría en su corazón. Del infierno de la droga. De los malos amigos y de actitudes violentas, había pasado a ser una oveja del redil de Cristo y quería ayudar a otros a amarlo para que también fueran felices.

¹ Ramón Mirada Muñoz, *Me enamoré de un leproso*, Ed. Nueva Eva, Madrid, 2020, p. 53.

² Ib. pp. 82-83.

Refiere: Jesús me tenía completamente enganchado. Me iba un rato antes de misa para estar con él y, cuando llegaba la comunión, estaba hambriento de Jesús, un Jesús que también tenía hambre de que yo fuera su sagrario y lo recibiera en mi interior. También le ayudó mucho la dirección espiritual y el confesarse todas las semanas.

Sus padres pidieron al director de su anterior colegio que lo readmitiera y fue aceptado, pero esta vez no quería hablar de drogas sino de Jesús y animó a varios de sus amigos a confesarse y hacer algunas peregrinaciones. Toda su violencia anterior se había transformado en alegría y paz y sus compañeros notaron ese cambio radical y lo admiraban queriendo ser como él. Poco a poco el Señor lo fue llamando al sacerdocio.

Terminé el colegio. Durante mi último curso me había fijado en una chica muy maja, católica, y me llegué a plantear si sería feliz con una mujer, pero fue algo pasajero. Yo quería decirle que sí al Señor. También valoré el hecho de que me gustara alguien, porque así tenía que elegir a Jesús; si no me gustaba nadie, ¿qué valor tenía mi respuesta? Pero si me gustaba alguien, era como elegirle más, como decirle: “Mira, me gusta esta chica, pero te prefiero a Ti”. Yo quería decirle que sí, porque igual que entre tanta gente Él había escogido al peor, yo tenía ganas de decir: “Entre tantas, yo te escojo” (aunque es verdad que yo escogía al mejor).

Pero aún tuve que vencer un último escollo antes de entrar en el Seminario. A finales de agosto, mis padres se fueron de viaje y yo invité a dos amigos a casa. En teoría era para evangelizarles, pero empezamos a beber. Además, ellos habían traído porros y se pusieron a fumar. Yo seguí con lo mío, y les estaba hablando de Dios, cuando, en un momento dado, yo, que llevaba ya un año sin probar las drogas, me dije: “Venga, la última vez”.

Fue horrible. Mis hermanos vieron fumar un porro al que en un mes iba a entrar en el seminario... Luego, cuando recapacité, me pareció que todo se iba al traste, que había tirado todo por la borda. ¡No podía creerlo! No sé qué me dolía más, que no me dejaran entrar en el Seminario o que aquellos dos no volvieran a tener fe en su vida ante el testimonio tan nocivo que yo les estaba dando.

Al día siguiente llegué derrotado al confesionario y le dije a mi párroco:

— No voy a poder entrar en el Seminario. Mira lo que he hecho.

Su respuesta fue la misma que la de la primera vez que me había confesado con él:

— *¿Y qué? Así entras en el Seminario un poco más humilde, que de repente a lo mejor te creías que esto lo habías superado tú y que ya no necesitabas ayuda...*

Si alguna duda podía quedar todavía en mí de que Dios era misericordioso, ese día se diluyó. ¡Otra vez podía entrar en el Seminario en un mes! ¡Una persona que había fumado un porro hacía un mes podía entrar en el Seminario!

*No me lo podía creer. Ese día comprendí también la necesidad que iba a tener de Dios todos y cada uno de los días de mi vida*³.

Entró al Seminario el 29 de septiembre de 2003. Pertenecía a la diócesis de Getafe. Fue ordenado sacerdote el 12 de octubre de 2011, después de ocho años de estar en el Seminario. La noche anterior a la ordenación estuvo de retiro y se confesó como había hecho el año anterior al ordenarse de diácono. Actualmente su lema como sacerdote es: *“Muy gustosamente me gastaré y me dejaré desgastar por vuestras almas”*. *Siento que eso es la misa, un desgaste del cura, un ofrecerse, un ser víctima. Por eso pienso que el sacerdote acude a la misa como un leproso con los pecados que los pecadores han depositado en la confesión para ofrecerlos en la misa. Yo quería ofrecerme a Jesús, lleno de llagas por nuestros pecados.*

*Hay semanas que confieso a más de 200 personas durante ocho horas seguidas. Pero recuerdo que después de absolver a la primera persona que se confesó conmigo, pensé: ¿Ya está? ¿Lo he hecho bien? Se me había pasado volando. A la vez, tuve plena conciencia de que efectivamente Dios estaba perdonando los pecados de aquella persona*⁴.

Vale la pena ser sacerdote y entregar la vida al servicio de los demás. Dios no se deja ganar en generosidad y dará al sacerdote, no el ciento por uno, sino el millón o muchos millones por uno que él da.

Cuenta que un mes después de su ordenación, iba vestido de clergyman por la noche, yendo a cenar a casa de un matrimonio de la parroquia y encontró a un chico lleno de tatuajes con los pantalones caídos, con el mismo aspecto que él tenía en sus tiempos juveniles. Se le acercó y le preguntó: *¿Usted es sacerdote?* Respondió que sí. Y el joven contestó: *No se lo va a creer, pero estaba a punto de suicidarme y he dicho: “Dios, si existes, mándame una señal”*. Y en ese momento ha cruzado usted la calle. Dice: *Ese chico había seguido el mismo*

³ Ib. pp. 108-109.

⁴ Ib. p. 145.

sendero que yo y había llegado como yo a la amargura y a la desesperación. Gracias a Dios hoy está casado y tiene dos hijos.

Otro caso muy interesante de su vida sacerdotal es el de Virginia, una niña de 13 años con cáncer. Dice: A mí me tocó acompañarla prácticamente desde el principio de su enfermedad. Fue la segunda o tercera persona que conocí en la parroquia. Era amiga de un sacerdote amigo mío que había sido capellán de su hospital.

Virginia vino a presentarse con una cara tan monísima que no podía con ella con su pañuelito en la cabeza. Cuando después de hablar un rato le pregunté cómo estaba llevando su enfermedad, me contestó como si le hubiera preguntado la cosa más absurda del mundo: ¿Cómo quiere que la viva? Fenomenal. Si estoy en las manos de Dios

Era una niña que no sabía hablar más que de Dios. Todas las semanas venía a la parroquia y tenía detalles increíbles. Era preciso verla vivir la Eucaristía con todo el sufrimiento que tenía. No se quejaba nunca. En el hospital se dedicaba a hablar de Dios con los demás pacientes, a los otros compañeros, a las familias e incluso al personal sanitario. Verla morir fue una de las cosas más bonitas que he visto en mi vida. Iba al cielo y ella lo sabía. Nunca la vi desesperada ni con falta de alegría. Ella fue uno de los regalos más grandes que Dios me dio ⁵. Ella decía que era Virginia de Jesús y que Jesús era Jesús de Virginia, algo así como lo que cuenta santa Teresa de Jesús, a quien dijo: Yo soy Teresa de Jesús y Jesús le contestó: Yo soy Jesús de Teresa.

Que Dios bendiga a todos los sacerdotes del mundo, que viven su fe con autenticidad y con amor y hacen que en el mundo haya un poco más de amor de alegría y de felicidad. Amén.

PADRE CLAUDE PARADIS

Nació el 7 de agosto de 1955 en Canadá. Cuando era niño, deseaba ser sacerdote, iba a misa todos los días y tenía una devoción especial a la Virgen María. Después de estudiar secundaria, fue a Montreal y allí comenzó a consumir droga. Regresó donde su familia a Cowansville y allí trabajó durante siete años en el hospital. En 1985 asistió a un Cursillo espiritual y durante un año se mantuvo bien en la fe. Regresó a Montreal y volvió a consumir droga. Estaba siendo ya dependiente y quiso salir de ese vicio y le pidió ayuda al Señor. Recibió tres terapias, pero no le hicieron nada.

⁵ Ib. pp. 159-160.

Cuando tenía ya 33 años estaba tocando fondo y se sentía abandonado de todos. Por casualidad, caminando por la calle, vio una iglesia y entró. Era la capilla de Nuestra Señora de Lourdes, situada en la avenida Santa Catalina, en Montreal. Allí se entregó totalmente a Dios y Dios se le manifestó en el Santísimo Sacramento y obtuvo la gracia de ser curado totalmente en un instante de su toxicomanía. Y, desde ese momento, solo tuvo un deseo: ser sacerdote. Retomó sus estudios en el Seminario de Montreal con sus 33 años.

Su padre no creía en su cambio y durante los dos primeros años de Seminario no fue a visitar a sus padres. Cuando terminó sus estudios en el Seminario, el cardenal Turcotte le pidió que hiciera estudios sobre toxicomanía en la universidad de Montreal. Fue ordenado sacerdote el 26 de septiembre de 1996 por el arzobispo de Montreal. Su familia entera estuvo presente, incluso su padre, que era escéptico sobre su vocación.

Una vez ya sacerdote, se preguntaba qué quería el Señor de él. El Señor se sirvió de un joven de 18 años llamado Olivier, que estaba en el hospital San Lucas de Montreal en fase terminal, debido a un cáncer. Olivier le confió al padre Paradis: *Nunca nadie me ha mirado con confianza. Quiero que me veas morir y no olvides que tengo muchos amigos que viven en las calles y quisiera que te ocupes de ellos.* Él dijo que sintió así la misión que el Señor le encomendaba: llevar a Jesús a los jóvenes de la calle. Acompañó a Olivier en sus últimos momentos y celebró sus funerales.

El año 2010 fundó la Asociación Nuestra Señora de la calle, basada en una devoción que existía en Italia a la Virgen de la calle. Durante un solo año se comunicó con 480 jóvenes, de los que 190 murieron por suicidio, sobredosis de droga y otras causas. También celebraba funerales por los niños abortados y los que mueren al nacer. Decía que los medios de comunicación no hablan sobre esto. También trabajó en cuidados paliativos en el hospital de Verdún del año 2000 al 2012. El año 2010 fue a Brasil y trabajó con los más pobres de las favelas.

En 2012 Monseñor Lépine le encomendó los jóvenes de la calle, que tenían gran necesidad de ser evangelizados. Él decía: *Yo consumía droga en mi juventud por debilidad y ahora es mi fortaleza.*

El ayudante del padre Paradis era Kevin Cardin, a quien adoptó como a un hijo y que ahora le acompaña por las calles para salvar a los jóvenes del infierno de la droga y de otros vicios. Kevin con sus 18 años llegó a Montreal y el primer día le ofrecieron ser vendedor de droga. Ganaba mucho y podía pagarse una habitación en un hotel. Se creía feliz, pero comenzó él también a drogarse y todo

quebró. Incluso estuvo en prisión. Después pudo ir a una casa de rehabilitación para desintoxicarse. Al salir se casó y quiso ayudar a otros jóvenes de la calle y eso lo sigue haciendo con el padre Paradis. Al padre Paradis se le conoce en Montreal como el padre de los sin techo y de los marginados de la sociedad. Él dice que no es un trabajador social ni un trabajador de la calle, sino un sacerdote que se dedica a llevar a Jesús a los más abandonados.

Al principio les daba café, ropa y otras cosas, pero muy pronto se dio cuenta de que necesitaban un sentido para su vida y sentir el amor de Jesús. Por esto está disponible para confesar. Atiende a los jóvenes de la calle con misas, confesiones, oraciones, funerales o lo que haga falta para hacerles sentir la presencia y el amor de Dios. Ya tiene varios colaboradores: una enfermera, un policía retirado, trabajadores del hospital de Verdón, mujeres que tejen ropa. Incluso la madre del padre Paradis y su tía han tejido mucha ropa y después le han acompañado a distribuirla. Los Caballeros de Colón y el Consejo de la catedral de Montreal les ayudan para comprar alimentos. Kevin es remunerado por la diócesis y el padre Paradis recibe su salario de sacerdote. El padre Paradis todos los años en diciembre duerme en la calle y celebra misa a medianoche para hacerse solidario con los sin techo.

PADRE ROBERTO DICHIERA

Desempeña su ministerio en las calles de Roma. A muchos jóvenes perdidos y esclavos de la droga les ofrece una mano con la esperanza de liberación. ¿Es posible que los jóvenes drogadictos superen la droga? Les dice que sí pueden y lo dice por propia experiencia.

Su pasado distó mucho de los ideales de santidad. A sus 12 años empezó a fumar pequeños porros, después fue el alcohol, ácidos, éxtasis, cocaína, heroína... En búsqueda de sensaciones cada vez más fuerte, dejó la escuela y solo ansiaba las fiestas y las discotecas los fines de semana. Pronto él mismo comenzó a hacerse vendedor de droga. Pero la droga le fue sumiendo a él mismo en hábitos destructivos. A veces perdía momentáneamente la vista, no lograba distinguir nada, veía solo todo rojo. Tenía alucinaciones tremendas y llegaba a vomitar por intoxicación. Su conciencia no reaccionaba ni siquiera cuando vio retorcerse y casi morir a una compañera del vicio.

En 1993 tuvo que hacer el servicio militar. En el cuartel continuó sus actividades con la complicidad de sus compañeros y la evasión inteligente de los controles médicos. Todo comenzó a cambiar en un tren durante un permiso de viaje. Lo cautivó una chica a la que en vano intentó envolver en sus excesos. Antes había tenido varias compañeras y relaciones ocasionales sin que jamás se

enamorara. Manuela era diferente. Su amor y su fe católica abrieron lentamente una brecha dentro de él. Todavía continuó drogándose, pero ya sentía intensos dolores de cabeza, como descargas eléctricas y advirtió que la droga podía quemarle el cerebro. Antes no dejaba de blasfemar, de despreciar a los curas y de cambiar el canal de televisión cuando veía al Papa, pero entonces comenzó a soportar la misa dominical con su novia. Poco a poco, sintió curiosidad de escuchar lo que decía el sacerdote y así pudo entender lo que empujaba a Manuela a la iglesia.

Al cabo de un año comenzó a rezar y a acercarse a Dios. Descubrió una nueva fuerza de voluntad y cesó de consumir sustancias. Se confesó por primera vez después de nueve años. La última vez había sido, cuando recibió la confirmación por complacer a sus padres.

Roberto sintió el llamado de Dios, a quien muchas veces había insultado. Tenía el plan de formar una familia con Manuela, con quien llevaba ya dos años, pero decidió dejarla para ser sacerdote y dedicarse enteramente al servicio de Dios y de los demás.

Entró al Seminario y estuvo en contacto con la Asociación Nuevos Horizontes, una comunidad católica fundada por Chiara Amirante, que trata de salvar a todos los jóvenes de la calle: prostitutas, drogadictos, borrachos, delincuentes etc. Antes Roberto vendía drogas con la ilusión de conseguir un paraíso artificial. Ahora celebra la Eucaristía y predica el evangelio con la certeza de que nada es imposible para Dios y así saca del infierno en que viven muchos jóvenes para llevarlos a un paraíso terrenal con paz, amor y libertad y después al cielo por toda la eternidad.

PADRE MARTIN DE LAUBADÈRE

En su historia personal hay un mundo de drogas que comenzó con el grave impacto que le resultó el divorcio de sus padres, que generó en él un vacío, y para llenar este vacío se refugió en la droga tras ser iniciado por uno de sus hermanos mayores. El tomar droga le generaba un estado de paraíso artificial que luego se desvanecía en la realidad de la vida diaria. Y a pesar de todo su vacío interior, iba a veces a una capilla a rezar y sentía una paz inusual y disfrutaba yendo a misa. Pero sin un apoyo exterior, se alejó de la fe. Dice que su mayor desgracia en esa situación fue llevar solo sus problemas y no poder descargar su mundo interior con alguien de confianza.

En la universidad tocó fondo consumiendo droga. Pero sucedió algo inesperado. Un amigo, Henri Beaussant, ahora también sacerdote, encontró a

Cristo con una fuerte conversión y este cambio radical le hizo cuestionar su vida a Laubadère. En su camino para corregir los errores de su vida le ayudó el libro *Arranché a l'enfer* (Arrancado del infierno) de Laurent Gay, que había sido drogadicto con sida y había estado en la cárcel. Gay pudo cambiar y liberarse de la esclavitud de la droga y del mal vivir. Y manifestó que justo en el momento en que iba a suicidarse y abrirse las venas, clamó a Dios y fue oído. Dice: *Grité al cielo y ese grito liberó todas las lágrimas que no había derramado nunca. Y experimenté un encuentro con Dios al que no conocía. Para mí, que no había ido nunca al catecismo, era Jesús quien venía a liberarme de mis caídas interiores y sentí una paz inmensa.*

Ahora Laurent da testimonio en colegios y prisiones y escribió un libro para contar su historia. Este libro le ayudó mucho a Martín, que se sintió identificado con Laurent. Dios le habló al corazón a través de ese libro. Llegó a conocer a Laurent Gay y ese mismo fin de semana de septiembre de 2008 fue a un grupo de oración carismático. Al momento supo que no estaba allí por casualidad. Quedó sorprendido por aquellos jóvenes de rostros normales, cantando y dando palmas.

En ese grupo rezaron por él. Desde ese momento las ganas de fumar hachís le abandonaron y ese vacío que tenía se llenó de paz y alegría. Tres meses después, en la abadía benedictina de San Martín de Ligugé, recibió la llamada de Dios. Al principio sintió miedo de entregarse de por vida, pero finalmente fue aceptando esta llamada al sacerdocio.

Ahora refiere: *Hace diez años, casi el mismo día, me mudé del parque de Los Príncipes a La Foi, donde aprendí a alabar a Dios más que al PSG, que era mi equipo favorito. Se me abrió una nueva vida y me sentí amado por Dios y comencé una nueva aventura de amor a Dios y a los demás. Valió la pena dejarlo todo. Dios no se deja ganar en generosidad y él quiso responder trabajando por los jóvenes de la calle; porque, como diría Raúl Follereau, el apóstol de los leprosos: “Nadie tiene derecho a ser feliz él solo, cuando hay hombres con hambre y con dolor”.*

PADRE STUART LONG

Nació en Seattle, Estados Unidos, el 26 de julio de 1963. Cuando era un niño pequeño, su familia se mudó a Helena, la ciudad natal de sus padres. Comenzó su educación primaria en Central School en Helena y se graduó en Capital High School en 1981. Después fue a la universidad y se convirtió en atleta, pues jugaba al fútbol americano, entrenaba lucha libre y ganó el título de peso pesado de boxeo de los Guantes de Oro en 1985 para Montana.

Decidió seguir en el boxeo profesionalmente, pero una cirugía reconstructiva de la mandíbula detuvo sus planes y se mudó a Los Ángeles con la intención de dedicarse a la actuación, otra de sus pasiones. Sin embargo, se desilusionó y comenzó a trabajar en el Museo Norton Simón, en Pasadena, y fue ascendiendo hasta convertirse en gerente durante siete años.

A pesar de estudiar en un colegio católico, Stuart no era creyente e incluso se describió a sí mismo como anticristiano por excelencia, lo que lo llevó a confrontar a sacerdotes y compañeros. Sin embargo, un accidente de moto en el que fue atropellado por dos automóviles fue un punto de inflexión en su vida. Salvarse de la muerte hizo que empezara a descubrir la fe y se bautizó como católico en 1994.

Después de bautizarse, dejó el Museo en 1998 y enseñó durante tres años en una escuela católica en Mission Hills, California. Luego pasó a servir a los padres capuchinos en Nueva York, trabajando en algunos barrios pobres de la ciudad. Los frailes lo enviaron a la universidad franciscana de Steubenville, Ohio, a estudiar filosofía. Después de obtener su maestría en filosofía recibió su formación sacerdotal para la diócesis de Helena. Fue ordenado sacerdote el 14 de diciembre de 2007 en la catedral de Santa Elena.

Stuart caminaba con muletas durante su ordenación pues había sido diagnosticado de miositis por cuerpos de inclusión, una enfermedad autoinmune extremadamente rara que imita los síntomas de la ELA para la que no existe cura. En 2010, la diócesis lo llevó a casa en Helena donde empezó una nueva vida y ministerio en Big Sky Care Center, usando una silla eléctrica. Hizo muchos trabajos de caridad en distintas parroquias, aceptando de buena gana el dolor y la debilidad. Celebraba misa con regularidad y viajaba donde se le solicitaba.

En una ocasión comentó que su enfermedad era lo mejor que le había pasado, porque le permitió deshacerse del orgullo que había sentido durante la mayor parte de su vida. Hay una película sobre su vida en la que el actor Mark Wahlberg hace su papel, dirigida por Mel Gibson y que hizo su aparición en junio del 2022.

PADRE VINCENT LAFARGE

Siendo joven tuvo un terrible accidente en motocicleta. En ese entonces tenía tres trabajos: era actor por la noche, locutor de radio por la mañana y profesor de francés durante el día. Entonces era creyente no muy practicante, pero solía leer en misa con su comunidad católica. Más que orar trataba de pedir cuentas a Dios por los males y sufrimientos del mundo. Sentía que trabajaba demasiado, pero le gustaba. Un día le dijo a Dios: *Si eres tan inteligente, si realmente existes, ¿por qué no intentas detenerme?*

Y ocurrió algo sorprendente. Dice: *Estaba en un semáforo en rojo y en ese momento, oí muy claramente una voz, que cubría la música que escuchaba en voz alta con mis auriculares, comenzó a hablarme. Era una voz muy suave y amable y me preguntó dos veces: “¿De verdad eres consciente de lo que me estás preguntando?”. Y dos veces en voz alta sin estar seguro de lo que estaba haciendo, respondió: “Sí”.*

El semáforo se puso verde y él avanzó unos 100 metros antes de embestir a un automóvil de frente a 80 Km/h. El vehículo llevaba una velocidad similar así que el impacto resultó demoledor. Y a continuación ocurrió algo que resultó providencial. La conductora tenía un teléfono celular en su coche e inmediatamente llamó a la policía en lugar de la ambulancia, porque estaba convencida de que yo estaba muerto, cuando me encontró en un charco de sangre.

Eso me salvó la vida, porque luego nos dijeron que la ambulancia estaba atascada en el tráfico lejos del lugar del accidente, mientras que un coche médico de la policía estaba cerca y llegó en dos minutos. Tras el accidente, a pesar de sobrevivir al impacto, sufrió daños graves. Lo llevaron al hospital de Ginebra y lo salvó un médico que había terminado su día de trabajo, pero se había detenido junto a la máquina de café antes de irse. Cuando me vio, me preguntó qué me pasaba y luego pidió ver mis radiografías. Reconoció una mancha que indicaba que me estaba desangrando y comprendió que me estaba muriendo. Su corazón se detuvo justo afuera de la puerta del quirófano.

Nos dice él mismo: *Lo que sucedió en ese momento es mucho más vívido que cualquier otra cosa en mi mente. De repente vi una escena que podía observar desde arriba. Vi a una persona herida en una cama, gente moviéndose alrededor y luego escuché un pitido que indicaba que un corazón se estaba deteniendo. Estaba preocupado por esta persona sin entender que era yo. Estaba en un estado de total bienestar.*

En realidad duró apenas un minuto, pero en mi percepción fue mucho más largo. Entonces me di la vuelta como si alguien me tirara por detrás. Pero en lugar de ver el techo, vi esa famosa luz inmensa de la que nunca había oído hablar antes. Es mucho más potente que la luz del sol, sin deslumbrar. Floté hacia esa luz por unos momentos, pero a diferencia de otros que afirman haber visto a seres queridos fallecidos o incluso a Jesús, no fui más lejos. Sin embargo, para mí esa luz estaba habitada, no por una persona visible, sino por una presencia divina, que era Amor. Amor incondicional. Y para mí, como aprendí después, el amor es una persona: Dios. Esto es lo que sentí muy profundamente. Después fui arrojado de nuevo a mi cuerpo. Fue el peor momento de mi vida, sensorialmente hablando, aunque fue entonces cuando mi corazón comenzó de nuevo. Todos mis dolores se despertaron.

Unos meses después hablé con el mismo médico que había realizado la cirugía. Le conté lo que había visto, el masaje cardíaco, el diálogo entre él y las enfermeras, el número que vi en la pared, el nombre en una placa de identificación en la bata blanca de un cuidador al lado de mi cama. Dijo que todo eso era correcto, pero que la ciencia no podía explicarlo, porque mi corazón ya no latía.

Yo ya no le temo a la muerte. Y tuve una gran voluntad de cambiar mi vida y quise ser sacerdote para servir y amar a Dios y a los demás.

Después lo visitó el capellán del hospital según se iba recuperando y un día me explicó que Dios nunca hace daño, que no quería el mal que me había caído encima, sino que lo estaba usando para tocar mi corazón. No obstante, mi conversión no fue inmediata en esta experiencia más allá de la muerte. Pasaron dos años durante los cuales exploré todas las religiones del mundo. Un día el Dalai Lama fue a Suiza y pidió a la población a no convertirse al budismo, sino a descubrir la belleza de su propia religión. Esto le empujó a volver a su fe católica, que tenía cuando era niño. Hasta que en una ocasión escuchó a una persona en la radio hablar de temas de poesía, arte y películas. Era todo lo que él amaba. Y descubrió que el locutor era un sacerdote. Luego buscó información y habló con él por teléfono y decidió entrar en el Seminario. Ese sacerdote fue el primero en sorprenderse, pero yo hablaba en serio.

El padre Vincent Lafarge fue ordenado sacerdote en 2010 y hoy se está preparando para reemplazar como capellán a aquel mismo capellán que lo visitó después de su accidente. Hoy, 21 años después, el padre Vincent vive en Villeneuve, Suiza, y se prepara para convertirse en capellán de un hospital cercano a Rennaz. Le gusta celebrar el 14 de noviembre de cada año, ya que

marca el día de lo que él considera su segundo nacimiento. Ese día del año 2000, este suizo, que entonces tenía 25 años, sufrió el grave accidente.

PADRE DAVIDE BANZATO

Davide Banzato es un sacerdote dirigente del grupo de *Nuevos Horizontes* fundado por Chiara Amirante en Italia y que se ha extendido ya a Medjugorje, Brasil y muchos lugares de Italia para rehabilitar a jóvenes de la calle como drogadictos, alcohólicos, prostitutas, delincuentes y otros que han caído en el infierno personal de la soledad y del infierno personal sin que puedan salir de ese estado de vacío y violencia interior.

David nació en una familia católica con unos padres creyentes. Su tío Luciano le decía: *De mayor tienes que ser médico o sacerdote misionero. Acuérdate de escoger una de estas dos cosas para poder dedicarte a los demás y salvar vidas.* Mis padres tenían una fe sencilla y cristalina y la vivían con naturalidad. Recuerdo cómo oraba antes de salir de casa para ir a la escuela con mi padre o con mi madre, antes de que fueran a trabajar. Antes de dormir y antes de comer hacíamos una breve oración. Recuerdo con cuánto fervor y amor por la Virgen María vivíamos el mes de mayo, rezando por las tardes el rosario. Para mí lo más difícil era renunciar a los dulces, porque era muy goloso. No había pensado en ser sacerdote y más bien tenía interés por las chicas. Sin embargo, acudía a misa todos los días y ayudaba como monaguillo. Incluso en casa algunas veces con mi hermana menor, Serena, jugaba a ser sacerdote e imitaba al sacerdote celebrando misa.

Una tarde, después de la misa, me quedé un poco a meditar en la iglesia. Un poco delante de mí había otro niño llamado Esteban y, en el silencio de la iglesia hemos oído ambos pronunciar nuestros nombres con una voz que no era propiamente sonora, pero algo que nunca antes había experimentado. Fue una experiencia tan fuerte que salimos veloces de la iglesia. Desde aquella tarde cambié y me hice más serio y silencioso.

El día de mi confirmación, 4 de junio de 1994, tenía 13 años. Caminaba con mi hermano que era mi padrino y tenía su mano sobre mi espalda. Delante del vicario del obispo que nos confirmaba, sentí las palabras: *Recibe el sello del Espíritu Santo que te es dado como un don.* Cuando el sacerdote me signó la frente con el crisma, sentí de improviso un fuego en la frente que invadió todo mi ser: cuerpo, alma y mente. Estaba tan impresionado que creía que me iba a desvanecer. Regresé a mi puesto y caí de rodillas en oración.

Un amigo de mi edad había entrado en el Seminario menor de la diócesis de Padua. Poco tiempo después hubo una reunión de monaguillos de la diócesis en el Seminario menor de Tencarola. Asistí y quedé encantado. Había campos de fútbol, de tenis, de rugby y de otros juegos. Era un complejo enorme con hectáreas de tierra y árboles frutales. Me quedé convencido de que mi puesto estaba en el Seminario. Así se lo dije a mis padres. Mi padre me acompañó a ver al párroco y el 15 de septiembre de 1994 entré al Seminario menor. Sin embargo, no me acostumbraba. Un día Chiara Amirante, la fundadora del grupo Nuevos Horizontes, nos dio una charla y nos contó que había tenido una grave enfermedad llamada uveítis y que solo veía ocho décimas de lo normal y que fue sometida a curas dolorosas con inyecciones de cortisona. Y un día había quedado curada milagrosamente por Dios sin que le quedase ninguna huella de su enfermedad, llegando a tener una vista inexplicable. Para ella era una respuesta de Dios a su oración, pues había pedido estar en condiciones físicas saludables para poder visitar y ayudar a los chicos de la calle que vivían en la estación Termini de Roma y que vivían una vida de infierno con drogas, delincuencia, alcohol, prostitución, etc.

Nos habló de cómo había fundado casas de acogida para estos jóvenes perdidos en la soledad y angustia, lejos de Dios. Para su rehabilitación usaba el único verdadero tesoro, que era el evangelio, donde Dios nos manifiesta su amor por medio de Jesús. Yo sentí deseos de vivir esa vida de los que ayudaban a Chiara a rehabilitar a tantos jóvenes perdidos en las calles, sin techo y sin amor. Estaba entusiasmado con la obra de Chiara. Pero en el Seminario no me sentía a gusto.

Por fin David dejó el Seminario. Asistió a clases en un colegio de ideología izquierdista. Le gustaba mucho el fútbol, pero un día en un partido tuvieron que sacarlo en camilla. Ninguno de sus compañeros lo buscó y se olvidaron de él. Al recuperarse, empezó a vivir las fiestas de las tardes del sábado. Comenzó a participar y organizar estas fiestas con sus amigos, donde tomaban cerveza, vodka y hasta cocaína, pero en un cierto momento le salvó el miedo y se salía de esas fiestas con un vaso de cerveza en la mano. Dice: *Nunca llegué a extremos, pero estaba al borde. Estaba en un punto en que lo que otros llamaban pecado, yo lo veía como una diversión.*

Un día llegué a estar como desesperado y aburrido de esas fiestas, llegando a apuntarme con un cuchillo la panza, pero no tuve fuerzas para clavármelo. Otro día estuve esperando al tren, pensando en tirarme, pero pensando en mi familia no hice nada.

Un día vino la policía a mi casa, porque mis amigos de las fiestas habían dicho que yo era la última persona que había hablado con una chica que había

desaparecido, pero apareció. Se la habían llevado a una casa y sus padres habían denunciado su desaparición como si hubiera sido un secuestro.

Reconoció entonces que para ir cayendo poco a poco sin darse cuenta, no hace falta hacer cosas graves, solo hace falta cerrar el corazón a Dios y uno va muriendo por dentro, siendo capaz de cualquier cosa.

Felizmente se apartó de sus malos amigos y se fue enamorando de Elena, una chica con la estuvo de novio cuatro años, cuando ya había vuelto a la Iglesia e iba a misa todos los días y acompañaba a Elena y a otros chicos del grupo de Nuevos Horizontes a visitar a los jóvenes de la calle. Recuerda: *Una madre brasileña un día me abrazó como si fuese su hijo, revelándome que ninguno de su familia se imaginaba cómo realmente los mantenía en Italia. Una noche se acercó a un grupo de nigerianas que lo conocían y entre ellas había una nueva, menor de edad, que temblaba de miedo. Sus mejillas estaban llenas de heridas de cortes de cuchillo. No hablaba ni una palabra de italiano. Apenas había llegado de su tierra. Cuando sus compañeras le explicaron que yo no era un cliente, sino que estaba allí para escucharla y ayudarla, explotó en llanto y me abrazó fuerte. Las primeras noches de mi apostolado con los jóvenes de la calle iba acompañando a Chiara Amirante y ella me daba instrucciones apropiadas de acuerdo a su experiencia. Yo escuchaba la historia de aquellos jóvenes y los animaba a ir a una casa de acogida para salir del infierno en que vivían.*

Muchos jóvenes que terminan su periodo terapéutico de rehabilitación han sentido el deseo de dedicar su vida a Dios llegando a ser responsables capaces de abrir nuevos centros y ser padres y madres para tantos jóvenes sin hogar. En este momento pienso en Crescendo. Su vida fue una transformación increíble. Se dedicaba en cuerpo y alma a los jóvenes y le gustaba ir por las calles y las escuelas. Antes de morir a los 32 años, consumido por un tumor, le dijo a Chiara que había ofrecido todo por ella y por la familia de *Nuevos Horizontes*. Pienso también en Robertone, que se había reconciliado con sus familiares y se sintió profundamente amado por sus hijas, ya adultas. Había decidido quedarse en la comunidad para ayudar a otros muchachos. Cuando le golpeó un tumor consumiéndolo poco a poco, afrontó su dolor sin perder la sonrisa y renovando su ofrecimiento en oración. Y tantos otros cuyos nombres están escritos en el cielo, personas únicas y maravillosas, que fueron transformados maravillosamente por el poder de Dios.

Recuerdo que estando enamorado con Elena, sentí en cierto momento como una inclinación al sacerdocio, pero no le daba importancia. Le dije al Señor: *He regresado a ti después de las fiestas y estoy dispuesto a todo. He dejado mi ciudad, mi casa, mi familia, el fútbol..., pero no me pidas ser sacerdote.* Hablé con Chiara y me dijo que era algo bellissimo ser sacerdote y yo

le respondí: *No, es tremendo, yo no quiero y me puse a llorar*. Después de un rato le dije: *Tengo miedo de no ser feliz de sacerdote y creo que no es mi camino*. Ella me dijo: *Estate tranquilo. Dios es amor, es alegría. Ha pagado caro el precio de nuestra alegría con su sangre. Dios te quiere feliz, fíate de él. Él te conoce mejor que nadie*. Le repliqué que no quería. Y ella me dijo: *No te preocupes por ahora, porque Dios no te pedirá algo que no te haga feliz*⁶.

Pero Dios seguía sus pasos y hubo una oportunidad de que fuera a Medjugorje gratis y aceptó. En el autobús había una chica y pudieron hablar y los dos se encariñaron. Él se estaba animando, pero ella le confió su secreto: Estaba casada. Entonces él la dejó como había dejado a Elena hacía poco tiempo atrás. Le parecía que llevar una vida de sacerdote sin tener una esposa era algo imposible para él, pero sentía que Dios lo llamaba y él respondía: *Señor, qué quieres de mí, pídemelo lo que quieras, pero sacerdote no*. Se resistía con todas sus fuerzas. Hasta que por fin le dijo sí, porque se fiaba de Dios. Fue una lucha contra sí mismo, pero al final reconoció que valió la pena y que ser sacerdote le dio la felicidad que no había imaginado y solo pensar en tantos jóvenes que estaba salvando con su apostolado en el grupo de *Nuevos horizontes* le hacía sentirse feliz y darse cuenta que su vida había valido la pena darla totalmente al Señor para salvar a tantos que estaban metidos en el pozo sin fondo de la droga o del sexo o de otros vicios, que los tenía encadenados al infierno terrenal con una perspectiva de infierno eterno.

PADRE ÁLVARO SICÁN

Álvaro Sicán considera que su vida es casi un milagro puesto que la gran mayoría de sus amigos de la infancia han sido asesinados, se han suicidado o están en prisión. Nacido en 1983 en Guatemala, desde los 7 años se introdujo en las pandillas, algo bastante común en su país. Fue entrando casi por casualidad en una iglesia donde encontró consuelo al sufrimiento. Hoy es religioso mercedario y ejerce su misión en España, concretamente como capellán de la prisión zaragozana de Zuera.

Sobre su vocación afirma que es parte del “milagro que Dios hizo en mi vida”. En una entrevista en la publicación *Iglesia en Aragón* recuerda que *éramos cuatro hermanos, tres chicas y yo. Ellas jugaban a las muñecas*, así que yo busqué mi sitio en la calle y acabé metido con siete años en el mundo de las pandillas.

⁶ Banzato Davide, *Tutto ma prete mai*, Ed. Piemme, 2021, p. 150.

Según iban pasando los años inmerso en el mundo de las pandillas, Álvaro dice: *Vi cómo mis amigos iban muriendo por intoxicaciones, a algunos los mataron, otros se suicidaron, otros estaban en prisión.*

Esta experiencia de muerte que habitaba a su alrededor empezó a hacerle mella, y acabó preguntándose qué sentido tenía la vida. *¿Y ahora qué?*, se preguntaba todo el tiempo. Fue entonces cuando decidió entrar en una iglesia. Allí encontró un sacerdote y le contó todo lo que sentía. Era una iglesia de los mercedarios.

Así fue como fue dejando el estilo de vida de las pandillas y enamorándose de Dios y de la orden de la Merced. A los 19 años fue cuando este joven guatemalteco decidió entregar su vida a Cristo para ingresar en el Seminario.

Según explica, *Dios me hizo ver las dos caras de la moneda: primero la parte de fuera, el mundo de las pandillas, de autodestrucción, drogas, muerte; y por otro lado, el campo de trabajo que quiere ayudar a estas personas.*

Por ello, Álvaro define su carisma mercedario como *un estilo de vida, una espiritualidad que te marca, un camino de libertad, de lucha, de encuentro y de donar la vida día a día. Es lo que yo llamo “tatuajes en el corazón”.*

Su vida religiosa ha estado marcada desde el principio con la cárcel. Este es su lugar natural para hablar de Dios. *Nuestra misión desde el principio es la prisión. Desde la formación nos metemos en esto. En Guatemala, ya visitábamos las prisiones de mi país. Después en El Salvador estuvimos con las prisiones y los hogares de prevención. Después me mandaron a Mozambique, allí estuve encargado de dos prisiones. Y luego me mandaron para acá, para seguir trabajando en prisiones,* explica.

Cada fin de semana en la cárcel de Zuera (Zaragoza) celebra tres misas, una el sábado y dos el domingo. En total acuden unos 300 presos, del total de 1.500 reclusos que hay en la prisión.

Asegura que *muchos de ellos lo ven (a Dios) como una tabla de salvación, como alguien que les puede ayudar. Hay presos, sin embargo, que tienen sus imágenes falsas de Dios. Igual que manipulamos a las personas para sacar algo, manipulamos a Dios: yo te rezo pero luego tú me ayudas; y si no, ya ni te rezo ni voy a misa.*

En Zaragoza, los mercedarios no sólo atienden la prisión de Zuera, sino que además tienen como punto de referencia la parroquia de la Paz y un hogar de

acogida. Este último es un antiguo dispensario que tenían las monjitas en la parroquia de la Paz. Tiene 10 habitaciones y su misión es ser hogar para aquellos presos que están de permiso, en tercer grado, libertad condicional y con libertad total. Se les acoge para que tengan un lugar donde vivir, se les da una asesoría... Está dirigido principalmente a los que no tienen recursos, no tienen familia o no pueden tener contacto con ella.

PADRE SALVADOR ROMERO

Un día me encontré con un amigo de la juventud que me preguntó: *Salva, ¿qué es de tu vida?* Y yo le dije: *Estoy en el Seminario.* Él soltó una carcajada y me dijo: *En serio, ¿qué haces?* Y yo insistí: *Estoy en el Seminario.* Entonces él dijo, lleno de asombro: *Si tú estás en el Seminario, eso es que Dios existe.* Y yo le dije: *Claro que existe, Él me ha salvado.*

He querido comenzar de esta manera esta reseña biográfica, pues es así como defino mi vida, pues lo más importante en ella es saberme amado de Dios, porque sólo desde ahí me veo y sólo desde ahí todo cobra sentido, porque Dios lo ha llenado de su Luz.

Aunque nuestra familia es de Galicia, mis hermanos y yo nos criamos en Valencia. En una zona pobre y sencilla, como lo es mi familia. Desde pequeño he sido mal estudiante y rebelde por la situación en casa, sobre todo por la relación con nuestro padre, que ha sido difícil, y el ambiente social, que era muy duro. Y todo eso me hizo vivir cosas malas desde pequeño.

Así que pronto dejé el colegio y me puse a trabajar, sobre todo en la hostelería, aunque he hecho de casi todo. Y solo pensaba en divertirme y disfrutar de las discotecas y de todo lo que ofrece la noche. Pero en el fondo me sentía vacío y perdido.

Yo también creí que no necesitaba a Dios para vivir y ser feliz. Es más, me convertí en opositor, al menos de su Iglesia, porque impedía que yo hiciera lo que me apetecía... La libertad me llevó al vacío, a la oscuridad y a la esclavitud. A vivir un camino largo y angustioso, hasta que Jesús vino a mi vida. Aunque yo no me considero una persona frágil, no supe encajar las heridas del desamor, desamor en mi familia, en el barrio, etc. Quizá es eso, quizá no podemos. Al menos solos no. Estoy convencido que los mayores errores de nuestra vida los cometemos cuando no nos sentimos amados. Y nos hacemos daño eligiendo lo que no nos conviene.

Por eso un día me dije: *A partir de ahora voy a ser malo*. Y a todo lo que había rechazado desde la infancia, porque mi barrio lo tenía muy a mano (alcohol, drogas, etc.), empecé a decir que sí. Ya que yo no importaba a los demás, a mí me daba igual. Salía por la noche, bebiendo alcohol sin límite, y probando toda clase de drogas. En ese mundo, si quieres *ser alguien*, tienes que tener dinero. Así que empecé a traficar con drogas; consumía y vendía, sin darme cuenta del pozo en el que uno entra. El pozo de la mentira, del robo, de la traición, de la falsa apariencia. Tuve varios accidentes de coche y moto como para haber muerto. Y aunque cada mañana me decía *tu vida no tiene sentido, tienes que salir de ahí*, volvía a lo mismo.

Hasta que en un viaje a Galicia en que iba para comprar droga, entré en la catedral y le pedí al Apóstol Santiago: *¡Ayúdame, sácame de aquí!* Y escuchó mi plegaria. Un día sentí el impulso de ir a la iglesia, y aunque yo me decía: *¿Qué haces aquí?, tienes 25 años, eres mayor para venir a misa*, algo no dejaba que me marchara. Y tuve la experiencia más grande que una persona puede tener aquí en la tierra. Sentí el Amor de Jesús en mi corazón, un Amor profundo, que hizo que sintiera con dolor todo mi pecado, pero que en ese pecado yo era amado. Aquella experiencia hizo que me apartara de todo lo que me hacía daño. Y poco a poco retomé la vida de fe. Empecé a rezar el rosario, a ir a misa. Y recuerdo mi confesión después de todo lo vivido como la mayor experiencia de la misericordia de Dios en mi vida. Por fin encontré la verdadera libertad, que solo Dios puede dar cuando nos sentimos amados por Él. Su Amor nos hace libres, porque su Amor nos hace vivir en la verdad. Porque la *ofensa* a Dios con nuestro pecado es porque elegimos la esclavitud. Y nuestra tristeza es su *desdicha*.

Son muchas las pruebas del Amor de Dios en mi vida, su delicadeza, su paciencia, su ternura. Recuerdo una vez en una Parroquia a la que asistía, ya diariamente, donde en la puerta había un amigo de la infancia, que también había caído en las drogas, pidiendo limosna. Me llenó de tristeza, porque no me reconocía de lo mal que estaba; pero, al mismo tiempo, me llené de gratitud por ver de dónde me había sacado Jesús. Ese chico murió al poco tiempo.

Solo hay que dar un paso hacia Dios, y Él dará dos hacia ti. Porque eso es lo difícil; cuando tenía que optar por Dios para salir de aquel mundo, me daba vértigo, miedo por el cambio. Cuando quise consagrarme a la Virgen, mi madre me dijo: *Tú da el primer paso; lo demás lo hará Ella*. Y así ha sido. Ha ido poniendo personas y, sobre todo sacerdotes, que han sido y son como mis padres, siendo transmisores de la Misericordia de Dios.

Dios solo acepta que optemos por Él desde nuestra libertad; precisamente, el amor es posible solamente porque somos libres. Y Él ha decidido *correr ese riesgo* con cada uno. Y el amor es lo que permite la entrega, y entrega hasta el

final. Pues el amor solo es auténtico si es para siempre. Sin embargo, al ser libre, Dios aguarda una respuesta. Y yo le pregunté durante tres años cada día en la Eucaristía: *Señor, ¿qué quieres de mí?*

Insistía: *¿Qué quieres de mí, Señor?* Hasta que escuché por boca de mi confesor la respuesta que me daba Dios, cuando me dijo: *Yo creo que el Señor te llama a remar mar adentro* (Lc 5, 4). Aquel día salí de la iglesia como entre nubes. Por fin podía descansar, pues sabía lo que el Señor quería de mí. El sentido de la vida es descubrir la vocación para la cual Dios nos ha pensado. Encontrarla hace que vivamos en la verdadera paz interior. Eso no quiere decir que no haya dificultades, pues la vida tiene que poner a prueba nuestras opciones, y así el amor se hace real.

Sí, es cierto, he recorrido un largo camino para volver a Dios que, aunque para mí es motivo de gratitud y alabanza, no es digno de emulación. Pues no es necesario ponérselo tan difícil a Dios. Por eso, yo no soy un buen ejemplo, pero sí soy un testigo de la Misericordia entrañable de nuestro Dios.

Así, el Señor me regaló la ordenación sacerdotal en junio del año 2007, y desde entonces ha sido todo un descubrir lo que Dios quiere hacer en mí. Los primeros cinco años de ministerio sacerdotal estuve llevando cuatro pequeñas poblaciones en la carretera de Madrid (últimos pueblos de la diócesis de Valencia) y ahora estos años estoy llevando tres pueblos en la carretera del interior, dirección Alicante.

Y en estos últimos cinco años, mi vida ha cambiado completamente al descubrir la apertura a la acción del Espíritu Santo, abriéndome al ministerio de sanación y liberación, que está lleno de dificultades, sufrimientos y obstáculos, precisamente, porque es de Dios.

Y todo esto me lleva a lanzarme a los retiros de sanación y promover la evangelización con el Poder de Dios. Y para ello os pido que oréis por mí y por esta obra de Dios, porque el Espíritu Santo va a destapar todo engaño y esclavitud del enemigo. Y el enemigo no quiere soltar a todos los que necesitan ser sanados y liberados.

He vivido muchos retiros de sanación. He viajado a Canadá. Estuve cuatro años en la Renovación Carismática, donde he vivido cosas muy grandes de Dios, a través de la Alabanza, y he visto derramar su Espíritu con fuerza en encuentros que se hacían del Espíritu Santo. Y después he ido a Londres para conocer una comunidad muy bendecida por el Espíritu Santo, Cor et Lumen Christi, donde estoy descubriendo la necesidad de evangelizar con el Poder del Espíritu Santo.

PADRE ROB GALEA

Cuando tenía 14 años, empezó a pensar que tenía muy poco en común con sus padres y comenzó a hacer todo lo que podía para alejarse de su casa y ser *aceptado* por sus amigos: fiestas, chicas, violencia, drogas, alcohol, etc. Todo esto lo llevó, a los 16 años, a vivir una *espiral de adicción* entre el alcohol, las drogas y el robo. Recuerda cómo un día fue con su grupo de amigos a preguntar por un velocímetro para su bicicleta y, mientras el vendedor iba a la parte de atrás de la tienda a buscarlo, el robó el velocímetro del mostrador y salió huyendo en su bicicleta. Sus amigos salieron detrás de él y Chris, quien era el líder de su pandilla, lo alcanzó, empezó a patear su bicicleta y a golpearlo diciendo: *¿Qué es lo que pasa contigo? Cada vez que nosotros hacemos algo juntos siempre terminamos metidos en problemas. ¡No queremos volver a salir contigo!* En ese momento, pensó que ellos eran las únicas personas con quienes él podía compartir, eran su pandilla, quienes además le conseguían las drogas que consumía. No podía dejarlos. Él estaba aferrado a ellos y quería ser aceptado a pesar de que fueran personas violentas. Relata cómo en una ocasión le dijo al líder de la pandilla: *Oye, Chris, ese tipo tiene una gorra que me parece increíble.* Chris le respondió: *¡Ve y tómalala! ¿Tomarla?, le dijo. Si el tipo tiene como 30 años.* Así que, respaldado por el líder y su pandilla, se acercó al dueño de la gorra, se la quitó de la cabeza y se la puso, caminando con confianza de vuelta a donde estaban sus amigos. Cuando el muchacho se acercó a él intentando recuperar la gorra que le había quitado, diez de sus amigos se lanzaron contra el hombre de 30 años, lo golpearon dejándolo medio muerto en el suelo. Recuerda cómo pensaba en ese momento con la gorra en la mano: *¡Soy tan poderoso! Puedo hacer que hagan lo que yo quiero.*

Siguió involucrado con esta pandilla por algún tiempo. Sin embargo, todo se empezó a poner un poco más violento y a salirse de control, al punto que él no se reconocía a sí mismo. En su interior él sabía que quería ayudar a otras personas, pero en ese momento el deseo de agradar a otros, de ser reconocido y valorado era mayor que el de ser honesto consigo mismo. Un día, mientras estaba en una discoteca sentado, algunos de sus amigos llegaron a avisarle: *Rob, ¡vete de acá rápido! Chris (el líder de la pandilla) te está buscando para golpearte.* Rob había dicho una mentira sobre él, el líder se había enterado y quería saldar cuentas. Así que tuvo que huir de allí e irse a esconder a su casa, de donde no salió durante 6 semanas. Al ver que Rob no aparecía por ningún lado, decidieron darle un mensaje lastimando a su mejor amigo: golpearon su cabeza contra la puerta de un hotel hasta dejarlo inconsciente, su amigo terminó en una unidad de cuidados intensivos. Rob sabía que lo estaban buscando a él así que, lleno de miedo, lloraba todas las noches en su cama hasta quedarse dormido. No volvió a la escuela por temor, todas las mañanas se levantaba pensando en distintas maneras de quitarse la vida, golpeaba su propia cabeza contra la pared solo para

intentar sacarse de adentro ese sentimiento de soledad, de dolor. Se lastimaba a sí mismo para sentirse vivo de algún modo, *estaba en un lugar de absoluta oscuridad donde simplemente no quería vivir más.*

Cuenta que su madre durante todo ese tiempo sufría en silencio y se dedicaba a orar por él. Cada vez que él se encerraba en su cuarto a llorar, ella se arrodillaba al otro lado de la puerta sin que él se diera cuenta, a orar por su hijo diciendo: *Dios, tú sabes que seguiré aquí de rodillas hasta que tu salves a mi pequeño angelito.* Él dice: *Aunque yo había perdido todas las esperanzas, mi madre nunca perdió la suya. Si estoy acá como sacerdote delante de ustedes, es gracias a la oración perseverante de mi madre, por sus oraciones de rodillas por mí. Así que les digo a todos ustedes, a las que son madres y están orando por sus hijos, pero también a quienes quizás saben que sus madres están orando por ustedes en este momento: “No se den por vencidos. Perseveren. Porque Dios es capaz de hacer grandes milagros cuando nosotros oramos, y aún más cuando perseveramos en la oración”.*

Un día, mientras estaba en su momento de mayor desesperación, sintiéndose atrapado, sin poder ir a ningún lado y sabiendo que tenía que hacer algo pero no sabía qué, solo podía pensar en dos cosas: que alguien le tendiera una mano para ayudarlo, o acabar con su vida y de paso con todo el sufrimiento. Ese mismo día, su abuela llamó a su casa para invitar a su hermana a un grupo de jóvenes. Él sabía que no se molestarían en invitarlo, porque pensaban que rechazaría la invitación. Sabiendo que necesitaba hacer algo, le pidió permiso a su madre (quien casi se desmaya de la alegría al oírlo) para ir a ese grupo de jóvenes con su hermana. Cuenta que lo que más le sorprendió fue ver cómo todas esas personas parecían ser muy felices, y eso le incomodaba pues él se sentía muy deprimido y no quería estar rodeado de gente feliz, así que siempre se quedaba de pie en la parte de atrás. A pesar de esto, cuando llegaba a su casa, pensaba: *Yo quiero tener la alegría y el gozo de esas personas.* Decidió regresar cada semana. Cinco semanas después, en una de las reuniones, escuchó a un médico a quien habían invitado a hablar ese día. Le sorprendió la manera en que hablaba de Jesús, como si fueran amigos y hubiese conversado con Él esa misma mañana.

Ese día, cuando Rob llegó a su casa, seguía pensando en su deseo de sentir la alegría y la paz que vio en ese doctor. Decidió intentar orar y tratar de hablar con Jesús. Llegó a su habitación, puso dos sillas, una frente a la otra, se sentó en una y dejó la otra libre, diciendo: *Jesús, siéntate ahora mismo que necesito hablar contigo.* Empezó a hablar con Él todos los días para contarle todo lo que pasaba por su mente y desahogaba su rabia, le gritaba preguntándole por qué había permitido que le pasara esto precisamente a él. Siguió haciéndolo día

tras días, teniendo cuidado de que otras personas no se dieran cuenta para que no pensarán que estaba loco.

Hasta que un día experimentó algo sobrenatural: de repente, sintió que la silla no estaba vacía, que la persona que estaba en la silla escuchando su oración y sus reclamos conocía su dolor, sus mentiras, sus adicciones, lo sabía todo sobre él y aun así lo amaba. Esa experiencia lo quebrantó de tal modo que se arrodilló y lloró sin parar durante tres horas. Inicialmente era un llanto de dolor, pero luego ese llanto era por el gozo de saberse realmente amado. Ese fue el momento que cambió su vida, donde pensaba: *Dios, quiero pasar el resto de mis días viviendo por esto y dando esto que he recibido a otras personas.*

La vida Rob cambió completamente a partir de ese día. Su historia completa y también la de cómo llegó a ser sacerdote la describe en su libro: *Breakthrough: A Journey from Desperation to Hope* (Un viaje de la desesperación a la esperanza).

El padre Rob toca la guitarra en conciertos de música, dando testimonio de su conversión. Cantó en la Jornada Mundial de la Juventud en Sidney en 2008.

PADRE BRIAN ALEXANDER JACKSON

Una vez, en una clase de entrenamiento para ser salvavidas, al tirarme al agua intenté hacer un sobresalto un tanto complicado. Ni siquiera lo había practicado antes. Lo había visto en la tele. Tonto, sí. ¿Qué le vamos a hacer? Era joven. Me choqué lateralmente contra la superficie del agua, rompiéndome el tímpano. La fuerza del impacto me dejó medio tonto. Perdí el equilibrio y mi visión funcionaba como una vieja máquina de escribir: mis ojos se movían por su cuenta hacia la derecha y luego volvían rápidamente a la izquierda. No sé cómo pero logré encontrar la cuerda del carril de la piscina y me arrastré fuera. Casi me ahogué, y por poco suspendí el curso, porque no pude nadar por una semana entera. María me salvó.

Nací el 18 de febrero de 1989 y poco después fui bautizado en la iglesia presbiteriana. Mi padre era un protestante devoto, llevaba una vida centrada en Cristo y rezaba para que yo hiciera lo mismo. La víspera de la tercera Navidad de mi vida me informó que Santa Claus no existe, temiendo que podría asociar a Santa Claus con Jesús y que luego, al descubrir el engaño, podría sentirme engañado también sobre Jesús. Me explicaba que no quería que yo percibiera a Jesús como un personaje que practica el chantaje con los niños para que se comporten bien durante las semanas anteriores a Navidad: quería que yo conociera a Jesucristo como mi Dios y mi Salvador.

Mis padres se divorciaron cuando yo cumplí dos años. Antes de cumplir cuatro, mi madre se casó otra vez con el más joven de una familia católica de diez hijos, de Salt Lake City, Utah. Poco después de nacer mi hermana y ser bautizada católica, mi padrastro aceptó un puesto dando clases de inglés en una ciudad que se llama Jeddah, en la costa del mar Rojo, en Arabia Saudí. Mi madre, mi hermana y yo nos unimos a él unos meses después. Vivíamos en una casa pequeña en la zona de los norteamericanos, rodeada de muros altos y torres con metralletas. Dentro de esos muros, vivíamos como ciudadanos norteamericanos, pero al otro lado de esos muros había una cultura radicalmente distinta.

Mi madre no podía conducir, porque estaba prohibido. Tampoco podía salir sola. La policía religiosa le obligó a llevar la *abaya*, la vestida típica de las mujeres musulmanas. Era negra de arriba hasta abajo y cubría su cuerpo entero aparte de los ojos. Tenía que ponérsela incluso en los días que el calor desértico subía a más de 105 grados Fahrenheit. No estábamos practicando nuestra fe en esa época, cosa que no nos hubieran dejado hacer de todas maneras, dado que en ese país queda estrictamente prohibido a los no musulmanes practicar su fe. Sin embargo, conocí de cerca la religión del islam. Vi cómo se paraba todo — mercados, tiendas, negocios— cinco veces al día, mientras la población entera acudía a sus alfombras y miraba hacia Meca.

Allí pasamos un año entero y luego volvimos a Estados Unidos. Pocos años más tarde nació mi hermano y fue bautizado católico. Luego mi madre decidió que debíamos volver a asistir a la misa dominical como familia. A pesar del horror que causó a mi padre protestante, empecé a recibir instrucción en la fe católica y un año después fui recibido en la Iglesia católica. Sin embargo, muy pronto iba ser “bautizado” por el espíritu del mundo que entraría por los poros de mi piel en forma de pecado. Probé la marihuana y el alcohol, cuando tenía unos catorce años y vivía la misa con mucha superficialidad y aburrimiento. Me daba rabia tener que levantarme los domingos por la mañana y sentía como que la Iglesia no me dejaba vivir.

Un día mi madre me informó que me iba a enviar, sin opciones, a un campamento católico para chicos. El campamento fue organizado por el Hogar de la Madre y el capellán era el P. Colum Power, recién ordenado sacerdote. Mediante la experiencia de la *Hora Santa* todos los días y la misa con mi primera confesión sincera, mi alma quedó muy fortalecida. Al final de la semana, volví a casa muy entusiasmado. No hacía más que hablar de Dios a mi hermana, mi hermano y mi primo, citando versículos de la Biblia y dándoles la lata sobre la belleza del rosario. Sin embargo, me faltaba constancia y pronto me caí de las alturas espirituales, entrando otra vez violentamente en las aguas del mundo.

Basta con girar la mirada hacia el mundo para caerse de bruces en él. Y una vez que te pilla el pecado mortal, se pierde el arte de navegar. Me enamoré de una chica y me olvidé de todas mis promesas al Señor. Mis ídolos eran: las chicas, el deporte, la popularidad. Iba de fiesta en fiesta, destruyendo mi relación con Dios y con mi familia. El alma ahogándose, y poco después la vida universitaria supuso atar pesos a los tobillos.

Los fines de semana para mí empezaban los viernes; luego los jueves, luego los miércoles. Pronto estaba bebiendo y fumando todas las noches de la semana, despertándome en la mañana siguiente en lugares desconocidos. Me hundía cada vez más. Perdí las becas. Perdí la cabeza. El que no se decide a subir, cae hacia abajo. Una vez más la luz intentó entrar. En el segundo curso de mis estudios universitarios tuve que leer un libro escrito por Santo Tomás Moro, que se titula *Utopía*. Despertó de nuevo mi interés en Dios. Seguía con las fiestas, pero al volver a casa medio borracho, leía la Biblia. No era suficiente, por supuesto, pero era parte de la gran batalla en la que estaba metido sin siquiera darme cuenta.

Una tarde iba en mi coche a mi casa. Estaba bebido. Me paró la policía. Tenía marihuana en el coche. Intenté esconderla, pero por el shock no podía. El policía se acercó a la ventana y pidió mi carnet de identidad y de conducir. Nerviosísimo, con la voz y las manos temblando, le di los documentos y volví a su coche para meter los datos en el ordenador mientras yo me quedaba en el coche luchando con pensamientos de prisión. Volvió a acercarse a la ventana y me pidió salir del vehículo. Tenía marihuana en los bolsillos. No sé cómo no oyó los golpes que daba mi corazón dentro de mi pecho. Gracias a Dios no me registró. Me dio un aviso, porque no había pagado el impuesto anual de la matrícula.

Tampoco bastó la amenaza de la encarcelación para hacerme volver a una vida sana. No mucho tiempo después de este episodio, por poco perdí el trabajo. Había pasado la noche anterior de fiesta y me desperté dos horas tarde. Me llamó el jefe para decirme que, si no llegaba enseguida, quedaba despedido. Era físicamente incapaz de ir y tuve que llamar a otro para que me sustituyera. El vicio hacía estragos en mi mente y mi cuerpo, no podía sino darme cuenta de ello. Tomé la resolución de no beber ni fumar durante un mes. Di un resquicio a Dios y Él supo aprovecharlo.

En esta misma época tuve un sueño que me dejó profundamente conmovido. Veía mi propia cara, con expresión atormentada, dentro de una masa de cuerpos envueltos en oscuridad. Luego vi una mano que salía de una nube blanca pero no podía llegar a ella. Una voz sonó en mi alma con las palabras: *No*

estás alcanzando la gloria de Dios. Entendí que el camino que llevaba me estaba separando del amor de Dios y de todo lo bueno, y que corría el peligro de la perdición eterna. Empecé a pensar seriamente sobre mi vida. Síntoma del cambio provocado por esta experiencia, fue el acto de poner un retrato de Cristo crucificado como fondo en la pantalla de mi ordenador.

Le vi allí como si fuera la primera vez en mi vida, clavado y colgado con los brazos abiertos, y me caí de rodillas llorando amargamente por mis pecados. Apenas podía decir una palabra. De repente veía con claridad todo lo que le había hecho sufrir y repetía entre sollozos: *¡Dios mío, perdóname!* Pedía perdón también por mi familia y mis amigos, por todo el mundo. Muy pronto experimenté la liberación del perdón y se me quitó de encima un peso terrible. Fue un momento intenso de conversión. Luego, como tengo un temperamento un poco exaltado, quería salir a las calles para hablar a gritos de Cristo crucificado a todo el mundo. Sentía que tenía que reparar por tantas ofensas y recuperar tanto tiempo perdido.

Un día iba en el autobús al campus de la Universidad de Florida. Nada más arrancar el autobús, yo también me arranqué. Me puse de pie delante de todos y lancé la pregunta: *¿Cuántas personas en este autobús aman a Jesucristo?* Solo dos estudiantes levantaron la mano. Les recordé que Él dijo que quien le negara a Él delante de los hombres, Él le negaría delante de su Padre celestial, y volví a preguntar: *¿Cuántas personas aquí aman a Jesucristo?* Un chico con gafas de sol y auriculares puestos, mirando hacia el suelo, me dijo: *¿Por qué tengo que decirte a ti si amo a Jesús?* Le contesté: *¿Por qué quieres esconderlo?* La conductora paró el autobús y me echó a la calle. Estaba harta de mí, pero yo estaba flotando de alegría por haber proclamado el nombre de Cristo como Salvador.

Esa misma tarde subí a otro autobús en la misma ruta, con sesenta pasajeros. En un primer momento el miedo me superó y me senté con la cabeza bajada, avergonzado. Justo antes de partir de la parada, subió una señora mayor y vino adonde yo estaba sentado, cabizbajo. Le ofrecí mi asiento y ahora yo era el único que estaba de pie en el autobús. Esto lo interpreté como una señal de Dios. Saludé a todos los presentes y les propuse la misma pregunta: *¿Cuántas personas en este autobús aman a Jesucristo?* Unos veinte estudiantes levantaron lentamente la mano. La conductora reaccionó más rápido, levantando la mano para coger la radio y llamar a la policía: *Tengo el chico predicador en mi autobús, tengo el chico predicador en mi autobús.* Parece que había corrido la voz mientras yo estaba comiendo, porque estaban muy bien preparados ante mi retorno. Mandaron a la conductora llevar el autobús sin parar a la biblioteca donde los guardias de seguridad universitaria estarían esperando.

Tenía una paz total y se me ocurrió que, si tenía que hablar de Cristo en un coche de policía o detrás de las rejas de una cárcel, no me importaría. Sin embargo, ir a la cárcel no era voluntad de Dios para mí todavía. Pidieron mis documentos. Algunos pasajeros del autobús me animaron. Quién sabe si mi pequeño discurso no les había dado un poco de alegría y luz en su camino.

Tenía muchas ganas de hablar de Cristo, pero todavía no estaba bien fundamentado en mi fe. Un amigo de mi vida anterior había encontrado un grupo de cristianos evangelistas en el campus y le acompañé a una reunión con ellos. Me gustó el ambiente de oración, alegría, inocencia y amistad. A la vez, empecé a asistir a las reuniones de FOCUS (fraternidad de universitarios católicos) y a la misa dominical con mi familia. Poco a poco me inclinaba cada vez más hacia el grupo protestante, que me recibía con mucho cariño y sin criticar la fe católica. Veía que había más emoción en su forma de rezar y esto me parecía indicar una fe más profunda. Empecé a pensar que quizá era verdad que el catolicismo impide una relación más directa e inmediata con Jesucristo. En un retiro de un fin de semana, renuncié a mi fe católica y fui *rebautizado* en la iglesia protestante.

Al llegar a casa después del retiro, empecé a hablar con mi hermana. Ella estaba practicando su fe. Yo empecé a hablarle de la *verdadera fe*, pero ella no se movía ni un ápice. Estaba construida sobre la Roca y no sobre la arena, como yo. Rápidamente y con convicción me habló del sacramento de la confesión y la gloria de la santa misa. Yo proseguía con una vida doble, yendo a la ceremonia evangelista a las nueve de la mañana y a la Eucaristía a las doce. Un día durante la ceremonia protestante, el pastor dijo: *Si no te sientes como en tu casa aquí, no perteneces a esta Iglesia y tu sitio es otro*. No volví más.

El líder del grupo FOCUS me dio un libro del teólogo Peter Kreeft. Se llama *Jesús Shock*. Tiene un capítulo sobre el capítulo seis del evangelio de San Juan. Allí descubrí la verdad: *Yo soy el pan de vida. Este es el pan que baja del cielo para que quien lo coma no muera. Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar es mi carne, para vida del mundo* (Jn 6: 48-51). Kreeft explica las palabras fuertes que se utilizan en el griego original. También explica sobre el pan del que Cristo habla es la Santa Eucaristía, presente en la Iglesia católica, una, santa y apostólica. Me enamoré de la presencia real de Cristo en el sacramento y empecé a recibirle de rodillas en la misa después de este descubrimiento.

Dios me había mostrado que pertenecía a su Iglesia, pero luego, cuando quería decirme cuál era mi papel en ella, me hice el sordo. Empecé a visitarle con frecuencia en la capilla de adoración y allí me susurraba al oído que, como sacerdote, podría dedicarme a la predicación del evangelio, a la salvación de las

almas, a la santa misa. Experimenté mucha paz en esos momentos. Me decía: *Si quieres ser sacerdote, sígueme*. Pero todavía no quería obedecer.

Recibí una invitación a un retiro en silencio durante un fin de semana y me fui, pensando que así podría descansar. Fue un retiro del Hogar de la Madre, el mismo grupo con el que había tenido mi primera experiencia fuerte de Dios hacía seis años en un campamento.

El segundo día del retiro, pedí al P. Henry que me confesara. Le conté que estaba discerniendo la llamada al sacerdocio. Le expliqué todo y al hablar experimenté una gran alegría. Después de varios meses de discernimiento, y luego de una temporada de convivencia con la comunidad, entré como candidato de los Siervos del Hogar de la Madre. Veía y sigo viendo una gran coincidencia entre nuestras tres misiones y mi camino de conversión: la Eucaristía, María, la juventud.

Fue en su campamento donde había tenido mi primer encuentro con Cristo. El descubrimiento de la presencia real de Cristo en la Eucaristía había sido un momento clave en mi vuelta a la Iglesia universal. Como ex-protéstante había conocido mucho celo anti-Mariano, y había recibido información errónea y malpensada. Al oír a los sacerdotes del Hogar hablar de Ella, tuve la gracia de reconocer la maravilla de tenerla por Madre. Le doy gracias por el padre que Él me ha dado aquí en la tierra, que era protestante y que ahora está formándose para poder ser recibido en la Iglesia católica. Uniéndome al arcángel Gabriel, proclamo: *¡Ave, María!*

Fue nuestra Madre la que me sacó del agua con el tímpano roto, y aunque tuve que perder unas cuantas clases, al final el oído se sanó y obtuve la certificación de salvavidas. Ahora estoy en entrenamiento para ser otro tipo de salvavidas: salvando las almas, no de una muerte corporal sino espiritual. Dicho esto, también es verdad que yo mismo sigo teniendo necesidad de salvación. Precisamente por eso, acudo a María. Ella me ayuda a no ahogarme durante las tormentas interiores de la vida espiritual, llevándome al costado de Cristo en la cruz. Es el costado que el soldado traspasó con la lanza, del que brotan sangre y agua para limpiar nuestros pecados y para inundar el mundo en el océano infinito de su amor y misericordia.

Brian fue ordenado sacerdote el 14 de mayo de 2022.

PADRE DONALD H. CALLOWAY

Nací en 1972 cuando mi madre LaChita Bianco, de origen italiano, tenía 18 años. Cuando era niña (sus padres se divorciaron y, como resultado, mi madre se quedó con su propia madre por algún tiempo antes de mudarse con su padre al escenario remoto de Wallace en West Virginia, donde creció con sus dos hermanos y dos hermanas.

Mi padre, Donald, era un poco mayor y vivía no muy lejos de su casa. Poco después de conocerse se casaron. Mi madre tenía 18 años y se mudaron al poco tiempo a Michigan, donde mi padre consiguió un buen trabajo en la industria automotriz en un suburbio de Detroit. Pero mi padre comenzó a tomar mucho. En vez de ahorrar dinero, comenzó a gastarlo en motocicletas, coches y noches de fiesta y, después que yo nací, comenzó a ser mujeriego, pasando más y más noches saliendo con sus amigos. Mi madre se cansó de su mal comportamiento y, mientras yo era muy pequeño, se separaron. Mi madre se aisló de él completamente y rompió todas sus fotos. No tuve ninguna conversación con mi padre biológico hasta cumplir los 18 años.

Yo quería mucho a mi madre. Me gustaba estar con ella. Ella era cariosa conmigo. Había entre nosotros muchas risas y amor. Recuerdo estar muy orgulloso de mi madre y sabía que ella estaba muy orgullosa de mí. Cuando yo tenía 8 años, se casó por segunda vez con un hombre de New Martinsville, S. Virginia. Era muy agresivo con todos, incluso con mi mamá y conmigo. Además era perezoso y tomaba mucho. Mi madre decidió alistarse en la Marina para garantizar los ingresos por varios años. Eso significaba que tenía que dejarme solo mucho tiempo con mi nuevo papá, mientras ella se iba de campamento de entrenamiento de reclutas.

Mi nuevo padre me dejaba solo y, cuando volvía, estaba ebrio y enojado. Yo trataba de evitar cualquier cosa que pudiera provocarlo y pasaba el tiempo jugando con mis amigos. El primer destino de mi madre fue Norfolk, Virginia. Al poco tiempo, la relación entre mis padres empeoró. Discutían mucho, porque mi madre era la que mantenía la familia. Se separaron y se divorciaron, cuando yo tenía 9 años. No tenía papá y tampoco estaba mi abuelo materno para llenar ese vacío. Entonces empecé a mostrar señales de ser un chico malo. Comencé a decir mentiras y probé cigarrillos. Tenía demasiado tiempo libre y, cuando no estaba mi mamá, estaba con una niñera. Mi madre, al llegar a casa, estaba demasiado cansada para atenderme.

En la escuela había una chica, Brandy, que me gustaba y por ella robé un collar en una gran tienda. La chica se lo puso y le gustó y yo me quedé orgulloso de mi acción. Muchas de las cosas malas que empecé a hacer eran para llamar la

atención de las chicas. Otro día robé gran cantidad de dulces de una tienda, pero supieron dónde vivía y fueron a mi casa. Mi mamá me obligó a devolverlos y pedir disculpas. Después de su segundo divorcio, mi mamá empezó a salir con un oficial militar, Donald Calloway. Él no llevaba ropa de baja calidad ni era inmaduro ni perezoso. A mi mamá le gustaba estar con él. Yo tenía 10 años, cuando se casó con él. Al año mi madre tuvo un hijo, mi hermano Matthew. Entonces, como mi nuevo padre era episcopaliano, me bautizaron en esa Iglesia.

El bautismo no significó nada para mí. Dios era en mi opinión como el equivalente al ratoncito Pérez o al conejito de Pascuas, un mito que los cristianos habían inventado para hacer felices a sus hijos y así regalarles, una o dos veces al año juguetes y tener un día libre de trabajo. Estaba convencido de que nadie de verdad creía en Dios.

Un día vinieron mis padres con la noticia de que debíamos irnos a San Pedro en California adonde cambiaban a mi padre. Estaba fastidiado de tener que separarme de la chica Brandy y de mis amigos de la escuela. Allí la gente era diferente y había personas de diferentes razas: afroamericanos, filipinos, hispanos, vietnamitas, japoneses... Comencé a escuchar la música rock, a dejarme crecer el cabello y llevar camisetas de mis bandas favoritas. Y también me juntaba con chicos que escuchaban la misma música y lo pasaban bien con las chicas y fumaban marihuana.

A los 11 años fumé marihuana por primera vez. Me drogué tanto que me dolieron los costados de tanto reír. Esta experiencia me abrió a un nuevo mundo sensual. No solo tenía hambre de comida, sino de todo. Un día mis nuevos amigos me hablaron de quitar la sed con alcohol y empecé a emborracharme y tomar licores y fumar. Lo pasábamos bien tomando cerveza con chicos mayores, escuchando música de metal rock y con chicas con pantalones ajustados y chaquetas de cuero.

Aunque me portaba mal, aún podía hacer creer a mis padres que era un chico bueno e inocente. Un día encendí a propósito un árbol de eucalipto, pensando que ardería despacio y podría tener tiempo para apagarlo, pero las llamas empezaron a dispararse por todos lados. Me quedé aterrorizado y hui. Una nube grande de humo se extendió y comenzó a envolver el área. Corrí a mi casa y pedí a mi madre que llamara a los bomberos, porque alguien había encendido fuego. Les tomó una hora apagar el incendio. Al terminar, el jefe de los bomberos vino a mi casa para pedirme información sobre quién había sido y cómo vestía, etc. Le di una descripción falsa y lo dirigí a una dirección equivocada⁷.

⁷ Callaway Donald, *Sin mirar atrás*, Marian Press, Stockbridge, 2011, p. 71.

Después nos trasladamos a Santee en San Diego. Allí conocí a varios amigos que tenían padres separados y nos podíamos saltar las clases y quedarnos a drogarnos y mirar televisión. Mis padres trataron en vano de dirigirme por el buen camino, pero yo no quería. Siempre me decían: *Tienes que hacer esto o aquello*, pero yo comencé a rebelarme contra sus reglas y reglamentos y empecé a contestarles.

Mentalmente ya estaba mal. Lo único que quería era estar acostado y drogarme. La marihuana me hacía muy perezoso. Perdí por completo el interés en los quehaceres domésticos y mucho menos con pasar el tiempo con mis padres. Eventualmente usaba la maniobra de decirle al esposo de mi madre: *Tú no eres mi padre verdadero* ⁸.

Cuando mi padrastro anunció que nos mandaban a Japón, estuve en estado de shock. No quería ir, prefería quedarme con mi abuelo o con la familia de mi padre biológico, pero al fin me resigné. Allí vivimos en la Estación naval de Arsugi, a 30 kilómetros de Tokio. Cuando fui a la escuela, me sorprendió que muchos estudiantes eran medio japoneses. Sus madres eran japonesas y sus padres marineros u oficiales de las fuerzas militares estadounidenses.

Al principio me emborrachaba, porque odiaba vivir en Japón, pero después lo hacía para quedar bien con mis nuevos amigos. Después del consumo de alcohol uno cae fácilmente en las drogas duras y, al poco tiempo, ya estaba inhalando heroína y cocaína, que eran accesibles para mí con 13 años. Si no tenía droga, tomaba jarabe para la tos, porque tenía codeína. Inhalaba gasolina y también el líquido encendedor de carbón, porque podía drogarme con el butano que contenían. Incluso investigué los componentes de los medicamentos sin receta para saber cuáles podía tomar para volar.

Yo era el cabecilla de muchas travesuras con mis amigos. Cuando tenía 14 años comencé a vestirme como si fuera de otro planeta. Llevaba jeans desgarrados y una chaqueta fina negra con relámpagos. Mis amigas me ponían delineador de ojos y esmalte de uñas e insistían en ponerme fijador en el pelo. Naturalmente aceptaba por complacerlas ⁹. Yo era muy popular entre las chicas japonesas.

Pronto comencé a pasar más tiempo fuera de casa. Les decía a mis padres que iba a pasar la noche en la casa de un amigo, pero íbamos a las discotecas de Tokio o Yokohama o pasábamos la noche en la playa. Un día robé en el almacén

⁸ Ib. p. 75.

⁹ Ib. p. 89.

de la base un par de animales de peluche y unos casetes. Me agarraron y me metieron a la cárcel de la base. Mis padres vinieron a sacarme y les decía que eso lo hice porque extrañaba los Estados Unidos y hacía eso para que me deportaran¹⁰.

Empecé a robar en las tiendas y mi cuarto estaba lleno de cosas, que yo decía que me prestaban mis amigos, pero pronto se dieron cuenta de que robaba. Entonces me hice amigo de Tommy y nos escapamos de nuestras casas. Pasábamos las noches de parranda o robando. Teníamos que robar para comer y drogarnos. En una pandilla les gustábamos a las chicas, pero sus novios se sintieron celosos. Cometíamos delitos con los chicos de la pandilla en almacenes, buscando blancos fáciles. Un día nos persiguió la policía japonesa, corrimos. Cuando me di cuenta de que me podían agarrar, comencé a dejar caer billetes de dinero mientras corría. Entré en un mercado lleno de tiendas de ropa y de zapaterías y, de pronto, un policía militar norteamericano, que también nos había perseguido, me agarró y me dijo: *Maldito mocoso*. Uno de ellos me torció el brazo y me hizo mucho daño, y después me puso la rodilla sobre el cuello y me pegó la cara contra el cemento.

Nos encerraron a Tommy y a mí en una celda de la cárcel de la base. Pero el gobierno japonés se enteró de nuestras fechorías y exigió que fuéramos deportados. Uno de los días en que estaba en la cárcel, pedí ir al baño, me quitaron las esposas y salí corriendo por la puerta. Me persiguieron y me metí por un desagüe de aguas servidas hasta que los perros me detectaron y tuve que salir.

Como final de mi estancia en Japón, me deportaron en un avión de carga C-130. Llegamos a Honolulu en las islas Hawái y de allí a Los Ángeles. Mi padre adoptivo me acompañaba en este viaje. De Los Ángeles nos llevaron a Filadelfia, donde nos esperaba mi madre. Era el 11 de septiembre de 2001. Mi madre me abrazó y me cubrió de besos y me decía que me amaba y me llamaba Donnie, el nombre que solo ella usaba conmigo. Yo la empujé hacia atrás y le dije: *Te odio a morir*. Ella se puso a llorar desconsolada... Mi padre estaba furioso y dijo: *¿Cómo te atreves?*

Me dijeron que, según ordenes, debían llevarme a un centro de rehabilitación. Dos horas después llegamos al Centro. Yo tenía 15 años y lo único que pensé fue: *Cualquier tipo de rehabilitación será mejor que vivir con mis padres*. No les tenía cariño y no quería ni verlos, ni hablar con ellos.

Después de charlar un poco con los administradores, llegó el momento para mis padres de irse. Naturalmente, mi mamá trató de abrazarme, pero no

¹⁰ Ib. p. 93.

respondí. Mis brazos se quedaron colgados y flojos a mi lado. Mi mamá y mi papá se dieron la vuelta y se marcharon bañados en lágrimas. Ni les despedí con la mano. Lo único que me importó en ese momento fue ir a mi cuarto y tomar una ducha. Aún no lo había hecho desde que salí del sumidero, que parecía haber sucedido hace siglos.

Me mostraron mi habitación, en donde conocí a mi compañero de cuarto, un muchacho de 17 años de Filadelfia que había abandonado el colegio y se había metido en las drogas. La cosa más sobresaliente sobre mi compañero de cuarto era que estaba totalmente obsesionado con la banda de rock Led Zeppelin. Sabía todo lo posible respecto a la banda y veneraba a su cantante Robert Plant y a su baterista John Bonham. No sólo sabía las palabras de cada canción que grabaron, sino que también sabía muchas cosas oscuras en cuanto al interés del guitarrista Jimmy Page por las ciencias ocultas y su contacto con el satanista inglés Aleister Crowley.

Mi compañero de cuarto y yo parecíamos andar con los cerebros medio revueltos a causa de las drogas, pero nosotros no éramos los pacientes típicos. Muchos de los otros muchachos estaban muy deprimidos, hasta el punto de no poder levantarse de la cama por la mañana. Otros se cortaron con cuchillas como modo de escapar a cualquier dolor que les afligía.

Cuando hablaba con un consejero, uno a uno, a veces estaba dispuesto a comunicarme, especialmente si se trataba de una consejera guapa. Pero en un grupo, siempre pensé que tenía que impresionarles a los otros muchachos o actuar como macho para obtener beneficios de imagen. Por supuesto, si me forzaban a asistir a una sesión uno a uno con alguien que no me caía bien, yo me callaba por completo. Entonces no podían sacarme nada.

Mientras yo estaba en el Centro de rehabilitación, mis padres se convirtieron a la fe católica después de hablar con el capellán de la base. Este sacerdote les contó la historia de Santa Mónica, la madre de san Agustín, y cómo las oraciones de una madre eran muy eficaces ante Dios. Les habló de las principales verdades de la fe católica, porque mi madre no practicaba y mi padrastro era episcopaliano. Por mi parte, mientras ellos se acercaban a la Iglesia católica los consejeros del Centro trataban de hacerme cristiano evangélico, pero me dio asco su doble vida. Por un lado predicaban a Dios, pero cuando los escuchaba a escondidas, hablaban de caderas, traseros y senos de las consejeras e idolatraban a las mismas bandas de heavy metal que yo. Eran unos hipócritas.

Uno de los problemas del centro era la dificultad para conseguir drogas. Había mucho control, pero podía recibir correo de mis amigos de fuera y me pasaban LSD, aplicándolo en el dorso de la estampilla. Al recibir la carta,

quitábamos la estampilla y la lamíamos para drogarnos. Los consejeros se jactaban de lo imposible que era pasar contrabando por el Centro. Ellos abrían las cartas y leían los contenidos, mientras esas estampillas (sellos) de 33 centavos seguían llegando a nuestras manos.

Un día, durante el desayuno, robé en el Centro un montón de plátanos de la cafetería. Al mediodía fui a escondidas al estacionamiento de empleados y rellené con dos plátanos el tubo de escape de los coches de cada consejero. Al ir ellos a irse a su casa, ninguno pudo arrancar su coche. Se pusieron furiosos y preguntaban quién lo había hecho. Al fin descubrieron que había sido yo.

Ya estaba aburrido del Centro y decidí escaparme. Era difícil, estábamos en medio de un bosque, pero lo intenté escapando corriendo por la puerta principal. Al llegar a un pueblo, fui directo a la tienda de comestibles, esperando comer y beber algo, pero los dueños de la tienda avisaron al Centro y a los 20 minutos ya me habían agarrado. Tuve que terminar el programa de rehabilitación y me dejaron ir a mi casa después de cuatro semanas.

Fui a casa de mis padres. Lo primero que me dijo mi madre fue que se habían hecho católicos. Yo pensé: *Bueno, mis padres creen en ese mito estúpido de Dios y se han vuelto tan radicales que van a la iglesia.* Para mí fue evidente que sus vidas habían cambiado. Mi hermano, diez años menos que yo, asistía a una escuela católica. Y todos rezaban en las comidas. Ahora tenía que esperar hasta que terminaran su estúpida oración antes de poder comer. Todo me parecía demasiado religioso. Su casa parecía una pequeña iglesia. Había un crucifijo en la pared de aquí y una imagen allá. Mi mamá puso estampas con oraciones en mis bolsillos o debajo de la almohada. Una noche volví borracho y sentí algo debajo de la almohada. Era una estampa de san Miguel arcángel. Otro día encontré en mi bolsillo una medalla milagrosa.

Después del Centro, acepté ir a la escuela porque podía conocer muchachas. Mi interés se limitaba a emborracharme, drogarme y escuchar música. Cuando ya tenía 17 años tenía el pelo largo hasta la cintura. Había momentos en que tomaba tanto LSD que los demás me parecían tortugas. Estaba tan volado que no sé cómo mantenía la vida. Una noche no sé qué sucedió, pero al día siguiente desperté y descubrí un tatuaje (una calavera con un relámpago en la espalda sobre el hombro izquierdo). Hasta hoy tengo ese tatuaje.

Uno de los días que regresé a mi casa, mi madre me preguntó por qué no iba a la iglesia con ellos. Le dije: *¿Estas loca? La Iglesia es para los débiles. Es para los perdedores, que buscan alguna esperanza falsa cuando no hay esperanza. La Iglesia es chiste y es mentira. No puedo creer que tú y papá se tragaron esas tonterías.*

De todos modos, conseguí que me compraran un coche usado, un sedán Oldsmobile. Con este coche manejé hasta la casa de mi abuelo en West Virginia, pero en esa escuela los chicos eran todos muchachos de campo, no estaban acostumbrados a ver a un tipo como yo con pelo largo, pantalones y camisetas de grupos musicales. Además había pocas chicas y me aburría. Estuve tres meses con él y pude conocer a mi padre biológico. Yo lo veía como un rústico y él me veía como un fenómeno hippie. Superamos la incomodidad inicial. Él se había vuelto a casar y tenía un hijo y una hija. De casa de mi abuelo me fui a vivir con un amigo. Ambos conseguimos un trabajo, pero solo aguantamos una semana. Como no teníamos dinero para los gastos y gustos, un día robé dos cajas de cerveza, pero me agarraron y la policía me llevó a la cárcel. Me metieron en una celda donde había cinco personas. Tres eran afroamericanos y dos blancos. Los cinco con estatura de más de 1.80. Cuando la puerta de la celda se cerró sobre mí, no me tomé la molestia de saludarlos, pero uno de ellos me miró y dijo: *Esta noche eres mío*. Me pareció muy peligroso. Otro problema era el usar el baño, que no tenía ningún aspecto de privacidad y tendría que usarlo a la vista de los cinco. Me pasé despierto toda la noche. Me puse alegre al amanecer, cuando ya había pasado mi borrachera.

Esa misma mañana vino mi amigo Adam a pagar la fianza. Había tomado de mi cuarto los casetes de música y los llevó a una casa de empeño local. Otro día tomé tanta droga que me llevaron al hospital y allí preguntaba qué pasaba y dónde estaba. Me dijeron que debía ir a un Centro de rehabilitación, donde estuve todo el verano.

Después volví con mis padres a Norfolk. Era el año 1991 y mis padres habían comprado una casa en West Virginia, donde planeaban vivir después de la jubilación de mi padre. Un viernes por la tarde hicieron un viaje y me quedé solo. Se me ocurrió una idea genial. Quería ser conocido como el tipo que había dado la fiesta más grande. Tan pronto como mis padres se fueron, empecé a llamar a los amigos para invitarlos a mi casa. Manejé por el vecindario, invitando a todo el mundo: *¡Hay un fiestón en mi casa esta noche! ¡Vengan y traigan a sus amigos!* Ése fue el mensaje para cualquier persona en la calle que podía escucharme.

Para mi gran sorpresa, al volver a la casa por la tarde, ya había un montón de gente esperando afuera, listos para pasarlo bien. No había conocido a la mayoría de ellos, pero eran lo suficientemente amables para traer barriles de cerveza y afirmaron tener muchas drogas. Los dejé entrar y comenzamos a festejar.

Alguien fue al estéreo y puso algunos discos compactos de la colección de mi mamá. Puso alto el volumen y la música animó a todos. Mis invitados estaban bailando por todos lados, pidiendo pizzas y haciendo líneas de cocaína en la mesa de café.

La primera indicación de que las cosas habían ido demasiado lejos vino cuando uno de los vecinos —un cristiano devoto— llamó a la puerta con la cara roja de indignación. Cuando fui a la puerta, de inmediato me hizo preguntas: *¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Están en casa sus padres, muchacho?*

Antes de que pudiera darle respuesta, alguien detrás de mí empezó a regañarlo, maldiciéndolo y exigiéndole que nos dejara en paz. El enfrentamiento llamó la atención de otros. De repente, un grupo entero de nosotros le gritaba, diciéndole que era un perdedor y que debía callarse e ir a su casa para rezar. Nos amenazó con llamar a mis padres si no bajábamos el volumen de la música, pero eso no disuadió a mis visitantes. Una amenaza como esa sólo los motivó a subirlo.

La discusión se acabó cuando alguien tiró un vaso plástico de cerveza a poca distancia del vecino, y salió furioso. Obviamente no íbamos a dejar que nadie arruinara nuestro buen tiempo, mucho menos un irritable vecino religioso.

La casa entera ahora estaba llena de fiesteros ebrios. Había gente haciendo cosas inmorales por todos lados. Unos tipos asaltaban la nevera buscando comida; una chica tocaba el piano con la fuerza de un gorila; vi a unos hombres tirando bebidas en las plantas de interior de mi mamá. Las cosas se estaban saliendo de control y sentía que no podía hacer nada para impedirlo.

El punto de ruptura vino cuando uno de mis amigos entró en la casa desde afuera y me dijo que un tipo estaba derramando gasolina en el suelo del garaje. Bajé corriendo al garaje para ver que sí, en realidad alguien había vaciado un bidón de gasolina de cinco galones (19 litros).

Un charco rodeaba por completo el carro de mi papá. Cosa peor, la puerta de garaje estaba abierta y había unos tipos fumando cigarrillos en el camino de entrada, casualmente echando sus cenizas al lado de este charco inflamable de gasolina. De inmediato les grité: *¿Qué están haciendo? ¿Están locos? ¡No tiren sus cenizas aquí.* Aunque estaba aturdido por mi estado drogado, sabía que si no actuaba rápido, de pronto habría una rueda de fuego ardiendo alrededor del carro de mi papá.

Los tipos me miraron incrédulos, como si *estuvieran pensando: Hombre, ¿qué te pasa? Cálmate. Perdí los estribos y grité: Todos afuera, váyanse.*

El hecho era que había perdido el control de la fiesta, y a pesar de estar bien volado, aún estaba suficientemente alerta para saber que las cosas no saldrían muy bien si la casa de mis padres se quemaba hasta los cimientos.

Después de mi diatriba, la mayoría de los invitados me veía como un aguafiestas. En pocos minutos, había expulsado a todos menos unos pocos de la casa. Las únicas personas que se quedaban eran un par de conocidos y una muchacha en la que tenía interés. Después fui a mirar la tele.

Pero cuánto más la miraba, más se empeoraba mi mal viaje. Ahora de verdad me estaba dando muy duro. Me puse tan tenso que se me apretaron los músculos y se me trabó la mandíbula. Sentí las paredes de la casa acercándoseme. Me estaba volviendo loco.

En algún momento, uno de los tipos que se había quedado en la casa vino abajo y se quedó parado, mirándome con una bebida en la mano. No lo reconocí, pero me dijo: *¿Estás bien?* Yo estaba con miedo y apenas podía moverme.

Pero a eso de las ocho de la mañana, empecé a bajar de mi viaje y pude caminar con dificultad por el pasillo al baño. Mientras caminaba, recibí la primera indicación de cuánto daño la casa había recibido. En el pasillo, encontré vómito en las paredes y en la moqueta. Me preguntaba cómo estaba el resto de la casa. Al subir las escaleras encontré a la muchacha. Todavía estaba inconsciente por todo el alcohol que había consumido. Nadie más parecía estar en la casa.

Sentí pánico, mientras tropezaba bajando las escaleras para inspeccionar el resto de la casa. El daño en las áreas comunes era peor que arriba. Muchos de los muebles en la sala de estar, que mis padres habían traído del Japón y de las Filipinas, estaban dañados con el bambú roto y en pedazos. Había quemaduras de cigarrillo y manchas de vino tinto en la alfombra y el sofá.

Aún peor, el piano Yamaha, muy caro, que mis padres habían comprado en el Japón estaba seriamente dañado. Había marcas grandes en la madera, una de las patas del banco de piano se había quebrado, el asiento estaba con grietas y los fumadores habían usado el interior como cenicero ¹¹.

En cuanto al centro de entretenimiento, la tele seguía intacta, pero el VCR, el estéreo y la colección de discos compactos de mi mamá habían desaparecido. Hasta Max, el perro siberiano de nuestra familia, no estaba por ningún lado.

¹¹ Ib. pp. 144-147.

Mi última parada en esta gira de destrucción fue el garaje, que estaba en gran parte intacto, menos el gran charco de gasolina, por supuesto. Mis padres supuestamente iban a llegar a la casa en seis u ocho horas. ¿Cómo diablos iba a limpiar todo esto? El vómito se negó a quitarse de las paredes y de la moqueta. Y fregarlo lo dejó peor. Mis padres volvieron el domingo por la tarde, apareciendo relajados después de un fin de semana alejados de mí. Pero tan pronto como vieron la sala de estar, la realidad se les impuso y la incredulidad reemplazó la calma. Vi más enojo en sus caras que jamás había visto en toda mi vida. *No lo puedo creer*, repetían al hacer el recuento del daño. Nuestro vecino cristiano llegó y les puso al corriente respecto a todo lo que había sucedido la noche anterior, incluyendo el tratamiento grosero que había recibido.

A mi papá lo destinaron a un portaviones, que se iba de viaje por nueve meses al Mediterráneo. Vi su destino como unas vacaciones para mí. Una de mis metas principales era conseguir un trabajo estable, porque pensaba que debía cambiar. Logré ser contratado en un restaurante, pero duré menos de una semana. No trataba bien a los clientes. Después conseguí otro empleo, vendiendo productos de limpieza. Me até el cabello en una colita de caballo y me puse una camisa con cuello y fui a vender. Estuve en ese trabajo una semana, pero no vendí ni una sola botella de líquido. Después solicité trabajo en un cineplex de 10 salas. Por primera vez me encontré con la habilidad de mantener el empleo. Me llevaba bien con mis colegas. Mi jefe era un fiestero loco de 55 años y uno de mis otros compañeros era adicto al crack. Como resultado de mi uso del crack, me encontré en una relación con una muchacha, quien me pegó una enfermedad venérea. Le rogué a mi mamá que me llevara al médico sin decirle el porqué, para ocultarle la naturaleza de mi enfermedad.

Tenía casi 20 años y no quería vivir más. Había sentido el placer sensual con las mujeres, había escuchado todo tipo de música, había tomado cada tipo de droga y a veces había tenido dinero robado. Pero todo eso me parecía que no tenía ningún valor, como si todo hubiera vuelto a cero. Mi vidaapestaba un montón y no quería seguir con esa farsa.

Una noche de marzo de 1992 mis amigos me llamaron para ir de fiesta, pero esa noche les dije que no. Estaba sentado en mi cuarto sin nada que hacer y sin nadie a quien recurrir. Mi existencia me parecía ridícula. No quería seguir viviendo. Tenía miedo. Temía la vida y temía a la muerte. Ambas meapestaban. No me atrevía al suicidio y para ocupar mi mente busqué una revista con muchas fotos para no leer algo pesado. Vi un libro con cubierta amarilla y vi un título que decía: *La Reina de la paz visita Medjugorje*. No tenía ni idea de lo que eso significaba (después supe que en Medjugorje se había aparecido la Virgen).

Debido a que había una cruz en la cubierta del libro, enseguida lo asocié con el cristianismo. Como resultado, inmediatamente no me gustó para nada la idea de abrirlo, especialmente por causa de una experiencia que había tenido en una fiesta un año atrás. Era una de las fiestas típicas a las que asistía en ese tiempo, muchas chicas y muchas drogas, acompañadas por la música fuerte. En medio de esta sobrecarga sensorial, me encontraba sentado en un sofá en un cuarto oscuro —y metido en un viaje loco gracias al LSD, por supuesto— y eché un vistazo a la mesa de café y vi el Evangelio de Juan.

Mi primera reacción fue: *¿Qué demonios hace eso aquí?* Luego comencé a perder los estribos cuando el libro pequeño empezó a brillar e irradiar una luz muy blanca. De repente sentí la necesidad de escapar. Salí corriendo al jardín, en dónde me quedé por mucho tiempo, mirando las estrellas mientras trataba de entender lo que acababa de ver.

Ahora, una vez más, tenía un libro religioso en las manos, un libro que imaginaba ser el libro del mago para la religión de mis padres. En la cubierta había una foto de una mujer muy extraña. Pensé: *Mis padres leyeron esto. ¿Y me acusan a mí de ser extraño? Este libro es una tontería.*

Sin embargo, decidí llevar el libro a mi cuarto para examinarlo un poco. Todavía no tenía ganas de leerlo. Nada más quería mirar las fotos. Caminé de puntillas para que mi madre no me viera con un libro religioso. Entonces cerré la puerta, me senté en el sofá y fui directo a las fotos.

En una, había una mujer descalza con ropa negra y una cara de tristeza, y también había una cruz y una montaña muy rocosa. No entendía el por qué no traía zapatos, especialmente dado el terreno montañoso. Había una foto de seis niños pequeños de rodillas, mirando hacia arriba, a nada. ¿Esperaban una nave espacial para venir y llevarlos o algo? Aparentemente, los seis niños tenían apariciones de algo, de alguien llamada la Santa Virgen María.

Estaba tan curioso que decidí leerlo desde el principio, con ganas de descubrir el tipo de porquería con el que mis padres ahora estaban involucrados. Había santos, un tipo llamado Juan el Bautista, y algo llamado la Eucaristía. El problema era que no sabía básicamente nada de la religión, mucho menos del catolicismo. Y, por supuesto, este libro estaba relleno de jerga católica.

Seguí leyendo y encontrando palabras católicas, las cuales trataba de pronunciar en voz alta. Palabras como Santísimo Sacramento, Eucaristía, Sagrada Comunión, rosario, escapulario... Todo eso era ajeno a mí e

inevitablemente destrozaba su pronunciación. Había tantas palabras y frases que simplemente no entendía ¹².

¿Qué era el cielo? Tampoco se me había cruzado por la mente que existiera el infierno. Para mí el infierno era un mito, un concepto inventado para ahuyentar a las personas de divertirse. El mensaje de ese libro era una verdadera revelación para mí. ¿Hay cielo e infierno? ¿Existe el bien y el mal? ¿Hay verdad y falsedad, luz y oscuridad? Nunca había escuchado un mensaje tan claro. Me di cuenta de que el libro me ofrecía un cambio fundamental de vida y la posibilidad de entregarme a Dios y ser diferente. Fue una revelación.

Pero pensé: *¿Cómo puedo cambiar yo que he sido tan perverso y malvado y lujurioso?* A mis casi 20 años estaba convencido de que ya era demasiado tarde. Y este pensamiento me daba miedo. No sabía cómo vivir ni cómo comportarme ¹³.

En el libro, la Virgen decía que era mi madre, que era la madre de todos los desviados y nos llamaba a volver a Dios, a Jesús. Dejaba en claro que ella no era Dios mismo, sino que le señalaba a su Hijo y decía que él era el Mesías, el Salvador del mundo. Me estaba enamorando de esta madre, de esta mujer. En cierto momento le dije a ella en mi corazón: *Quiero creer. De veras. Me estás ofreciendo algo que jamás había escuchado. Necesito esto.* Ella me pedía lo que llaman conversión. Y hablaba de cosas extrañas como la oración y el ayuno. No sabía exactamente lo que pedía, pero sabía que quería decir una entrega total de uno mismo para que ella pudiera llevarme a Jesús. Pero ¿cómo iba a mirar a Jesús cara a cara, si los predicadores en televisión decían que las personas como yo iban a ir a quemarse en el infierno? Seguí leyendo y encontré una estampa que decía: *Si supieras cuánto te amo, llorarías de alegría.* Y otra: *No tienes que cambiar para amarme, amarme te hará cambiar.*

Leí durante toda la noche página tras página. Cuando cerré el libro, ya estaba amaneciendo. Sabía que debía entregarme a lo que María llamaba la Iglesia. Yo había imaginado siempre a la Iglesia como una institución opresiva, que prohibía todo lo divertido. Por eso, odiaba a la Iglesia como odiaba a Jesús. Pero, si iba a entregarme a María, tenía que creerle y entregarme a Jesús y a la Iglesia. En resumen, quienquiera que fuera esa Virgen María, yo creía lo que estaba diciendo: *que era mi madre y que vino del cielo por mí* ¹⁴.

¹² Ib. pp. 154-155.

¹³ Ib. pp. 156-157.

¹⁴ Ib. p. 159.

Eran las cinco y media de la mañana cuando oí a mi mamá que bajaba a preparar el desayuno. Le dije: *Mamá, tengo que hablar con un sacerdote.* Mi mamá, me contesto: *Donnie, ¿qué estas tratando de decirme? Mamá, anoche leí un libro que me ha impactado un montón. ¿Cuál libro?* Fui a Traer el libro y se lo enseñé, preguntando: *¿Quién es la Virgen María?* Mi mamá no me respondió y fue corriendo al teléfono para marcar un número. Apenas la escuché hablar con un sacerdote, a quien según parece había despertado. Le dijo: *Disculpe. No quería despertarlo, pero tiene que hablar con mi hijo en media hora.* Parece que el sacerdote no entendió la urgencia de la situación y le dijo que fuera en dos horas.

Entonces pensé en el capellán católico de la estación naval de Norfolk donde había una capilla y me fui corriendo. Encima de la capilla había un letrero: *Nuestra Señora de la Victoria.* Vi un letrero que decía: *Oficina del capellán* Toqué y abrí la puerta, gritando: *¿Sacerdote católico?* Había dentro varias personas con uniformes militares blancos. Me miraron. Uno me dijo: *¿Quién eres?* Respondí: *Mi padre es oficial de la Marina en alta mar, pero vivo aquí en la base. Necesito hablar con un sacerdote ahora mismo.* Él me acompañó por el pasillo y me presentó a otro hombre en uniforme militar blanco, que me preguntó: *¿En qué puedo servirte?*

Me decepcionó que no se parecía a Moisés. Supongo que yo esperaba que un sacerdote católico tuviera barba y bastón y pensé que se iba a comportar como uno de esos televangelistas, a los cuales había visto en pantalla. Pero me dio confianza y le hablé de toda mi vida como en confesión, contándole mis pecados y problemas y todo lo malo que había hecho. Le dije: *¿Qué hago?* Después de escucharme, me dijo: *Ahora debo celebrar la misa ¿Por qué no vienes y después continuamos conversando?* Fui con él a la capilla y me senté en el fondo de la iglesita. En medio de la iglesia había unas señoras filipinas. Una de ellas, como supe después, estaba dirigiendo el rezo del rosario.

Después las luces se encendieron y entró el sacerdote para la misa, vestido con una ropa diferente, casi me pareció que llevaba la ropa de un hippie. Hizo muchos gestos y las señoras se levantaban y se sentaban. En cierto momento dijo con claridad: *Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo* y luego levantó el círculo redondo blanco hacia arriba. En ese preciso momento, oí una voz de poder total en los profundo de mi ser que me mandó: *Adora.* No sabía de dónde vino esa voz. Pero un conocimiento me penetró, entendiendo que el sacerdote tenía a Jesucristo, el Salvador del mundo, en sus manos. Parecía que el tiempo se había parado. Cada fibra de mi ser se fijaba totalmente en lo que veía. De inmediato, supe que eso era la comunión, el Santísimo Sacramento y que yo estaba ante la presencia de Dios. Entendí que Dios está tan enamorado de la

humanidad que viene y se hace presente en la extrema humildad, en lo que parece ser un pedacito de pan, pero que no es pan. Es un milagro, es Jesús ¹⁵.

Después el sacerdote repitió el mismo proceso con el cáliz. Dijo: *Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, sangre de la alianza nueva y eterna que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados. Haced esto en conmemoración mía.* Luego elevó el cáliz. Y de nuevo este poder me penetró por todo el cuerpo y en lo profundo de mi alma me mandó: *Adora.* Y lo hice. No sé cómo, pero sabía que lo que veía era el vino transformado en la sangre de Jesucristo, que es Dios. Era como si hubiera recibido una inyección de catolicismo introductorio. Me di cuenta en ese momento que tenía que hacerme católico cueste lo que cueste.

Luego el sacerdote salió del altar y las señoras filipinas se levantaron para encontrarse con él. Les presentó a Jesús y les dijo: *El Cuerpo de Cristo.* Y ellas respondieron: *Amen.* Todas volvieron a su sitio con las manos dobladas y todas estaban muy conscientes de que acababan de recibir al Dios vivo ¹⁶.

Después de la misa fui a ver al sacerdote a su oficina. De repente no solo tenía conocimiento de la Eucaristía y de la misa, sino también de muchas otras cosas del catolicismo. Dios me había dado este regalo y no puedo explicar cómo. Me puse a hablarle al sacerdote de esta experiencia. Le expliqué que ahora sabía que la Iglesia era como un hospital para los enfermos como yo. Jesús era el médico y el medicamento. Y todo era gratis. Él me preguntó: *¿Cómo es posible que has llegado a entender todo esto en 45 minutos desde que hablamos antes de la misa?* Le respondí: *No sé cómo explicar esto pero acabo de recibir la verdad por las venas. Ya entiendo todo esto y tiene mucho sentido. El sacerdote me contestó: He estado tratando de impartir esto a los marineros por años ¿Y lo entiendes tú en 45 minutos?*

Después me dio un crucifijo grande para colgarlo en mi cuarto y una pintura de Jesús con su Corazón (la imagen del Sagrado Corazón de Jesús). También me regaló una foto del Papa Juan Pablo II.

Después regresé a la iglesia. No había nadie, pero sentía que había alguien conmigo. Vi la caja grande (sagrario) con una vela encendida a su lado. De repente pensé: *Jesús está ahí dentro.* Podía sentir una presencia allí y me sentía tan feo que me aparté, sabiendo que era sagrado. Al ir al fondo de la iglesia vi un cuarto pequeño con un letrero que decía: *Confesión.* Miré adentro y casi empecé

¹⁵ Ib. pp. 168-169.

¹⁶ Ib. p. 169.

a llorar. Sabía exactamente para qué servía este cuarto. Era el cuarto de la misericordia. Volví a mi casa. Me puse de rodillas en mi habitación.

Mis ojos se fijaron en el retrato del Sagrado Corazón, el cual lo acababa de colgar arriba del tocador. Enfocándome en los ojos de Jesús, en Su gesto y en Su Corazón, empecé a sentir tantas emociones y tanto amor que me rompí en llanto y lloré y lloré y lloré. Hasta esa mañana, no imaginaba que un ser humano pudiera llorar tanto.

De hecho, estaba llorando de manera tan fuerte que apenas podía respirar. Estaba jadeando. Había torrentes de agua saliendo de mis ojos. Al poco tiempo la ropa que llevaba estaba mojadísima.

Seguí de rodillas en esa posición por la mayor parte del día. Y nunca paré de llorar durante todo ese tiempo. Nada más seguí mirando ese gesto de amor y de perdón, sabiendo que era su deseo entrar en mi vida, de amarme, de traerme la paz. Me hizo amarlo tanto.

Lo que me pasaba me gusta llamarlo: desintoxicación divina. Dios no me estaba poniendo una curita. Estaba manifestándose como el Médico divino que me operaba del alma. Al principio era doloroso. Pero después de un rato me di cuenta que me estaba sanando y que me amaba. Me estaba restableciendo. Sentía un alivio enorme.

Después de eso, empecé a llorar lágrimas de alegría. Me sentía casi mareado, como un niño recibiendo cosquillas de su padre. De repente me sentía animado. Tenía la vida en las venas y me sentía diferente. Sentía hormigueo por todo el cuerpo. Estaba tan envuelto en Jesús que me volvía consciente de lo mucho que yo era amado.

Un sentimiento de paz me llenó. Luego escuché una voz, la voz más femenina y pura que jamás había escuchado y que jamás escucharé. Sonó dentro de mí, sonó fuera de mí, fue como el amor líquido derramándose sobre mí. Fue puro amor maternal. Me dijo: *Donnie, estoy tan feliz*. Eso fue lo único que escuché, pero sabía quién era. Nadie me llamaba Donnie menos mi madre. Nadie. Sabía que ésta era la voz de María, la Santa Virgen María. Estaba tan contento que me sentía como un niño arrimado al pecho de su madre. Sintiéndome tan amado y tan tranquilo entré en un sueño profundo. No había dormido así desde que era un niño pequeño.

Cuando me desperté al día siguiente, me sentía nuevo. De verdad creía que Jesús había escuchado mi grito mediante María y que me había bañado en la misericordia. Había ocurrido una transformación el día anterior.

Mientras mi mamá y yo desayunábamos juntos, le dije que iba a visitar al Padre Callahan de nuevo. Aunque yo todavía llevaba mi ropa loca, ella no podía creer el cambio en mí.

Después de salir de la casa, fui directo a la oficina del capellán. Tan pronto como lo vi, le dije: *Tengo que hablar con usted sobre lo que me pasó después de salir de aquí ayer.* Le dije cómo me había arrodillado y llorado por casi todo el día y cómo me había entregado totalmente a Jesús, cómo estaba dispuesto ahora a hacer cualquier cosa por Él. Le conté mi experiencia de la parálisis de miedo y cómo la paz se había derramado sobre mí. Luego compartí con él cómo había escuchado la voz de María diciéndome: *Donnie, estoy tan feliz, y que creía que existía la misericordia para mí también*

Le dije: *Padre, tengo que hacerme católico hoy. No puedo vivir por otra cosa porque es la verdad. Con todo mi corazón creo que la Iglesia Católica tiene la verdad. Con todo mi corazón creo que la Iglesia católica tiene la verdad. Quiero estar con Jesús y quiero saber todo lo que se trata de Él.*

El Padre Callahan intentó moderar mi entusiasmo, diciéndome: *OK, esto está muy bien, pero convertirse al catolicismo es un proceso.* Le contesté: *Estoy listo. Sea lo que sea.* De ese día en adelante, empecé casi a vivir en la iglesia. Prácticamente de la noche a la mañana, pasé de tener miedo de pisar una iglesia a sentir que era el único lugar al que pertenecía.

No tenía empleo en ese tiempo. Así que tan pronto como me levantaba, iba a Nuestra Señora de la Victoria en la base. Desde el momento que se abrían las puertas, yo estaba allí para tomar asiento y asistir a misa. Miraba a las personas recibiendo a Jesús y pensaba que era increíble: *No puedo esperar a que lo haga yo mismo, pensaba*¹⁷.

Decidí ir todos los días a la iglesia. Me hice cortar el pelo. Unas semanas después obtuve un empleo en el Departamento de recreación de la base. Pasé los días cortando el césped y manteniendo los campos de béisbol de la base. Era un trabajo solitario que me permitía rezar el rosario. Sentía mucho la providencia de Dios. El único problema era que no podía pasar horas diariamente en la iglesia, pero periódicamente asistía a la misa en una de las dos capillas de la base. Durante la hora del almuerzo prefería asistir a la misa que comer. Hacía las estaciones del Vía Crucis, rezaba con ayuda de un devocionario y me arrodillaba frente a la imagen de la Virgen (para hablarle).

¹⁷ Ib. pp. 176-179.

A pesar de mi adoctrinamiento reciente, entendía que las enseñanzas de la Iglesia eran verdades eternas y nunca iban a cambiar. Sabía que nada iba a cambiar la posición de la Iglesia respecto al aborto, la anticoncepción o la homosexualidad, pero, cuando discutía con los demás que asistían a la iglesia cómo no era aceptable añadir ni sustraer nada del Evangelio, me miraban como si estuviera loco. Me decían: *Vamos. Vivimos en los sesenta y los setenta y nadie cree en esas cosas hoy en día.* También decían: *Creemos en mucho de lo que predicán, pero no creemos en muchas otras cosas que vienen de la Iglesia.* Yo decía: *¿Están hablando en serio? Las enseñanzas de la Iglesia están claras.* Realmente me daba tristeza escuchar homilías terribles o falta de reverencia durante la misa; y me daba pena que muchos sacerdotes seguían los caminos del mundo.

El día que mi papá volvió del mar, yo estaba allí en el muelle para saludarlo. Lo abracé y le dije: *Papá, te amo.... Mírame. Estoy rezando el rosario. Voy a la iglesia. Voy a ser confirmado y voy a ser católico.*

Al poco tiempo, el día en que cumplí 20 años, el 29 de junio de 1992, los Calloway se sentaron para cenar. Yo estaba sentado al otro lado de la mesa con mi padre, mi madre y mi hermano Matthew. Mientras cortábamos el pastel que mi mamá había preparado, ella me preguntó qué quería para mi cumpleaños.

Mi respuesta fue inequívoca: *Lo único que quiero es tu perdón por todo lo que he hecho mal,* comencé: *De veras lo siento por todo lo que he hecho, por todas las maneras y todas las veces que te hice daño. Necesito tu perdón.*

Por supuesto que te perdono. Por supuesto que te perdonamos, replicó mi mamá sin titubeos. Mamá me dijo que siempre había visto lo bueno de mí, aun cuando había sido malo hasta la médula. Y ella sabía que eventualmente las cosas se iban a arreglar. Conocía el poder de Dios y sabía que los milagros como éstos podían suceder.

Desde ese día en adelante éramos una familia católica. Ahora nos conocíamos bien. Ya no ocultábamos las cosas y tampoco había conversaciones superficiales. Ahora la relación era más profunda; yo podía rezar con mi familia. Y cuando rezas con alguien, estás afirmándole algo —que no eres Dios. Al arrodillarte y rezar demuestras lo débil que eres y lo mucho que necesitas la ayuda de Dios. Hacerlo como familia es muy poderoso. Como resultado de mi conversión, ahora tengo un amor por mis padres y mi hermano que no habría sido posible sin la oración.

Más tarde ese verano, finalmente fui confirmado en la Capilla de la Inmaculada Concepción. Mi familia entera estaba allí. Lloré un montón. Mi

madre lloró. Hasta la Congregación lloró cuando mi papá me miró y me dijo: *Bienvenido a casa, hijo*. Tenía razón. Por primera vez en mi vida, de verdad estaba en casa.

Sentí deseos de ser sacerdote y presenté mi solicitud a los marianos a principios de 1993 y fui aceptado al postulante y, después de un año de postulante, entré al noviciado. Hice mis votos temporales el 15 de agosto de 1995. Luego me matriculé en la universidad comunitaria de Washington. Tuve que resistir muchas tentaciones, porque había muchas mujeres jóvenes atractivas y algunas me coqueteaban, incluso sabiendo que me preparaba para el sacerdocio.

Después tuve la oportunidad de estudiar en la universidad franciscana de Steubenville con profesores católicos, que hacen un juramento de fidelidad al Papa y al magisterio de la Iglesia. Después de licenciarme en filosofía y teología en esa universidad franciscana, fui a Washington a estudiar al Seminario de la Casa dominicana de estudios. En tres años me gradué *magna cum laude* con una maestría en Divinidad y una licencia eclesiástica STB.

Hice mis votos perpetuos el 24 de marzo del 2000. Después hice una licenciatura de postgrado de estudios marianos en la universidad franciscana y la Casa dominicana de estudios. Por fin fui ordenado sacerdote el 31 de mayo de 2003. Ahora tenía poder de decir a los pecadores en el confesonario: *Te absuelvo de todos tus pecados*.

Como sacerdote ha viajado por muchos lugares de Estados Unidos y por otros países, dando testimonio de su conversión y tratando de invitar a la conversión a todos los oyentes y, especialmente, cuando acude a las cárceles. En todos los lugares trata de aclarar los principales dogmas de la fe católica e invitar a vivirla en plenitud para poder compartirla con los demás. El padre Donald es ciertamente un sacerdote enamorado de su vocación y se siente feliz de su ministerio de evangelización por el mundo entero, compartiendo su fe en Jesús, orgulloso de su fe católica.

Él refiere: *Algunas de mis experiencias más destacadas han sucedido en las prisiones. En un viaje prediqué en una cárcel de máxima seguridad en el Caribe. Era una fortaleza frente al mar con vista espectacular. Tuve que manejar por una calle estrecha con recodos para llegar al complejo, el cual estaba rodeado por alambre de púas y torres de vigilancia. La prisión era sucia y apesosa y el calor era sofocante.*

En ese día particular, les hablé a 200 criminales por dos horas. A decir verdad era bastante intimidante. Al mirar a la audiencia vi a hombres que

habían sido encarcelados por crímenes, variando desde el homicidio y el secuestro al tráfico de drogas y la violación, hombres con las cicatrices en los rostros y las almas. Con certeza era más espantoso que hablar en una parroquia o una conferencia para jóvenes. Sí, había guardias armados listos para defenderme en un instante, pero muchos de estos prisioneros cumplían cadena perpetua y no tenían casi nada que perder si decidían asaltarme.

Sin embargo, tan pronto como empecé a hablar me relajé porque mis palabras parecían resonar con ellos. En esta ocasión hice hincapié en mis luchas anteriores con el abuso de drogas y usé ciertos términos de jerga para demostrarles que hasta cierto punto podía identificarme con ellos y con los desafíos que habían enfrentado en sus vidas. Entré en detalles gráficos que no serían aceptables para la audiencia de una parroquia. Incluso les mostré mi tatuaje el cual parecía fascinarles y agregar cierta autenticidad a mis palabras.

Al terminar, un preso colombiano con el pelo muy largo se me acercó. Me habló muy rápido en español y las lágrimas manaron de sus ojos. Entiendo algo de español, pero no podía comprender lo que me decía porque hablaba rapidísimo. Afortunadamente, uno de los visitantes interpretó sus palabras. Me dijo: *Le está diciendo gracias por su plática y que está muy agradecido.* Luego hizo una pausa antes de agregar, y dice que *su español es excelente.*

Por supuesto, durante la plática no había hablado en ‘español sino en inglés. Pero de alguna manera este individuo me había escuchado en español.

Cuando el intérprete le dijo que yo no hablaba el español, el prisionero perdió los estribos. Mirando a los cielos dijo: *¿Dios mío, me permitiste escucharlo en español?* Este prisionero, quien había asesinado a varias personas como traficante de cocaína y ahora cumplía una cadena perpetua, se puso a llorar hasta quedar sin lágrimas. Me contó que había crecido con el catolicismo, pero le había dado la espalda a la Iglesia desde hacía mucho tiempo. Había empezado a identificarse con mi historia ¡cuando durante la plática había mostrado la foto con mi pelo largo!.

En cierto sentido la reacción de este prisionero colombiano es similar a las de otros prisioneros. Después de hablar en una parroquia o conferencia para hombres, los que atienden suelen ponerse de pie y aplauden. Y por supuesto eso es maravilloso. Luego siempre hay algunos que se me acercan y me dan las gracias o me cuentan algo de su propia historia. Pero después de una plática en una cárcel, es normal que al menos uno de estos criminales musculosos tatuados me dé un abrazo muy fuerte. Me da miedo, pero también es buena onda.

Estos hombres a menudo están llenos de remordimiento por lo que han hecho. Me dicen cosas como: *Padre, estoy aquí porque tuve una mala noche. Estaba borracho en un bar y me metí en una pelea y maté a un hombre con un palo de billar. Me llevó la rabia y una cosa llevó a la otra y estoy aquí por los próximos 25 años.* Estos cuentos siempre me hacen pensar: *Podría haber sido yo*¹⁸.

¹⁸ Ib. pp. 233-234.

CONCLUSIÓN

Después de haber leído el presente libro, podemos afirmar que Dios nunca nos abandona y que somos sus hijos amados. Él nos busca por distintos caminos y se alegra cuando volvemos a él. No olvidemos que Jesús nos espera a todas horas en el sacramento de la Eucaristía. Desde ese lugar bendito irradia sobre todos y en especial, sobre quienes lo visitan y reciben en la comunión, paz, alegría y amor. Tratemos de ir frecuentemente a visitarlo para recibir baños de luz, de amor y de paz de Jesús sacramentado.

Él nunca se dejará ganar en generosidad y se sentirá feliz de vernos y bendecirnos. No olvidemos que él está siempre esperándonos por distintos caminos como a la oveja perdida para cargarnos sobre sus hombros y traernos al redil de su Iglesia y darnos así la paz que solo él puede dar en este mundo.

Si todavía estás alejado de Dios y estas buscando la felicidad por caminos de placeres, piensa que nunca la encontrarás. Solo Jesús te la puede dar, solo él es un Dios poderoso para cambiarte. Solo él te ama infinitamente, mientras que el demonio te ofrece placeres, pero a la vez te dirige al infierno, donde serás infeliz eternamente. Déjate amar por Jesús, déjate ayudar por él y deja tus placeres mundanos para convertirte a él y poder disfrutar de su amor. Él te necesita y quiere hacerte feliz. No lo dudes y sigue su camino. Él te necesita para la gran tarea de ayudar a tantos otros que, como tú, todavía siguen caminos de búsqueda de la felicidad y no la encuentran y siguen viviendo en el infierno de su soledad, de su infelicidad y de su desesperación. Que Dios te bendiga y seas feliz con él en tu vida y en tu corazón.

Tu hermano y amigo para siempre.

P. Ángel Peña O.A.R.

Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en

www.libroscatolicos.org

